

Grito de rebeldía

*Apuntes históricos sobre la revolución acaudillada
por el Gral. Manuel Márquez de León, el año de 1879,
en la Baja California*



Manuel G. Romero



Edición preparada y prologada
por
Eligio Moisés Coronado

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Grito de rebeldía

*Apuntes históricos sobre la revolución acandillada
por el Gral. Manuel Márquez de León, el año de 1879,
en la Baja California*

Manuel G. Romero

Edición preparada y prologada
por

Eligio Moisés Coronado

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. MARCOS ALBERTO COVARRUBIAS VILLASEÑOR

Gobernador del Estado de Baja California Sur

LIC. RAFAEL TOVAR Y DE TERESA

Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

LIC. ANDRÉS CÓRDOVA URRUTIA

Secretario General de Gobierno del Estado de Baja California Sur

LIC. CHRISTOPHER ALEXTER AMADOR CERVANTES

Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR

Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA

Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

SANDINO GÁMEZ VÁZQUEZ

*Coordinador de Vinculación y Fomento Editorial
del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

Edición original:

Imprenta Politécnica, México, D.F., 1921.

Primera edición 2014

D.R. © 2014 INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,

C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN: 978-607- 9314-54-5

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el o los beneficiarios de los derechos del autor.

Diseño y formación electrónica: Luis Chihuahua Luján

Impreso y hecho en México

Prólogo

Es éste un libro cuya reedición se debía hace mucho tiempo al lector interesado en la historia de Baja California Sur, particularmente la que se estructuró en su siglo XIX, rico en acontecimientos como los que refiere el volumen, que giran en torno a la señera figura de Manuel Márquez de León, sudcaliforniano ilustre por antonomasia.

Manuel Márquez de León

De su biografía puede decirse sucintamente que nació en el poblado minero de San Antonio el 5 de marzo de 1822, y creció en el pueblo de Todos Santos.

A los 21 años de edad ingresó a la Marina de Guerra nacional. Se encontraba de servicio en Mazatlán cuando estalló la guerra contra los Estados Unidos de Norteamérica. Recibió entonces dos ascensos por méritos en el campo de batalla.

Terminada la guerra de 1846-1848 se retiró de las actividades militares para establecerse de nuevo en Todos Santos donde emprendió trabajos de agricultura, ganadería y comercio. En

San Antonio explotó la minería, y en pocos años logró reunir una fortuna que gastó en servicios a la nación.

En 1853 combatió con éxito al filibustero William Walker, a quien logró expulsar hacia el norte donde lo derrotó el patriota bajacaliforniano Antonio Meléndrez.

Márquez de León fue representante de la Baja California ante el Congreso Constituyente de 1856-1857, pero no firmó la nueva Constitución por haber recibido antes comisiones militares en el noroeste del país.

Contra el ejército de los conservadores organizó el batallón de infantería “Cazadores de California”.

En 1861 fue designado gobernador de Sinaloa. En enero de 1863, el presidente Juárez declaró el estado de sitio en Sinaloa y nombró gobernador y comandante militar al coronel Márquez, quien se desempeñó en ese cargo hasta el 30 de abril de ese mismo año.

Luego se le concedió el grado de coronel de Brigada “por los buenos servicios que tiene prestados en la causa de la libertad.”

Al término de la Intervención Francesa fue electo diputado por el V distrito de Sinaloa, hasta 1871. Se inconformó con la reelección del presidente Juárez y secundó el Plan de La Noria. Luego apoyó el Plan de Tuxtepec (contra Sebastián Lerdo de Tejada) y contribuyó al encumbramiento de Porfirio Díaz en quien veía al hombre que la nación necesitaba para su consolidación. Pero enseguida vio que su viejo amigo y compañero de armas pretendía tomar el poder indefinidamente.

Ante esta situación, el general Márquez de León lanzó el *Plan Revolucionario de El Triunfo* el 22 de noviembre de 1879,

cuyo movimiento no prosperó y obligó al patriota a emprender el exilio en territorio estadounidense.

Amnistiado regresó a su patria, y murió en la ciudad de México el 27 de julio de 1890. Sus restos mortales fueron reinhumados en la Rotonda de los Sudcalifornianos Ilustres, de La Paz, Baja California Sur.

Manuel G. Romero

El autor de la obra era originario de Santa Rosalía, Baja California Sur, y lo hallamos en los movimientos protorrevolucionarios decimonónicos en calidad de corresponsable del periódico clandestino *Regeneración*. Por ello y un violento discurso antigobiernista el 15 de septiembre de 1906 fue conducido a prisión con otros integrantes del *Club Democrático Manuel Márquez de León*, que presidía el mismo Romero. Fue su defensor Félix Ortega Aguilar, abogado que en 1913 encabezaría el movimiento armado regional contra la usurpación huertista.

A Romero es atribuida otra obra, *Reminiscencias históricas*, de 57 páginas, publicado en 1917, del que carecemos de más información.

El presente volumen incluye textos del propio Márquez de León, de Manuel N. Lucero, Ramón D. Manríquez, Manuel Pérez Bibbins, de un periódico mazatleco y, desde luego, de Romero, quien en este repertorio deja claro sus reiterados respetos y admiración por su prestigioso paisano.

Transcrito de una fotocopia a la que faltan las páginas 94 y 95, lleva dedicatoria particular “a la juventud estudiosa

californiana”, porque tiene, dice el periodista, “la convicción de que esa juventud ignora que la Baja California fue cuna de un hombre ilustre, militar pundonoroso, tan valiente como honrado.”

Es de esperarse, mediante esta reedición, que los jóvenes de nuestro tiempo se apropien el mensaje.

Eligio Moisés Coronado

Cronista de La Paz

Los últimos serán los primeros

Por Manuel G. Romero

Introito

El acendrado amor que siempre he sentido por el terruño —la desventurada tierra californiana— hame movido a hurgar aquí y allá, después de tantos años transcurridos, desde que acontecieron los sucesos que en este folleto se relatan, y pacientemente al fin he logrado mi objeto: compilar en esta obrita hechos rigurosamente históricos que, fuera de toda duda, más tarde tal vez servirán de algo a la pluma experta y erudita que emprenda la elogiosa labor de escribir la historia de la Baja California.

Al dar cima a mi humilde labor, siento grata e íntima satisfacción, porque hay algo en mí que me hace amar el arte en todas sus manifestaciones, dándome energía —malgre tout— para blandir mi humilde péñola en defensa de los derechos ultrajados y por los fueros de la verdad.

Y así voy por el áspero camino de la vida, “enderezando entuertos y desfaciendo agravios”.

Vaya, pues, mi modesto trabajo, dedicado a la juventud estudiosa californiana: hago tal dedicatoria porque tengo la convicción de que esa juventud ignora que la Baja California fue

cuna de un hombre ilustre, militar pundonoroso, tan valiente como honrado, y que fue —dice el Dr. Pérez Bibbins— como el célebre Bayardo: sin tacha y sin miedo.

Que el nombre del general Márquez de León sea desconocido para la juventud de la península, se explica lógicamente. Los escritores mexicanos al escribir la historia patria, del período comprendido desde nuestra guerra con los Estados Unidos —1847— hasta la lucha intestina que tuvo por origen el funesto plan de Tuxtepec, omitieron siempre el nombre de Márquez de León, como justo, justísimo homenaje de servilismo al “llorón de Icamole”. Apenas algún historiador lo menciona incidentalmente, y don Francisco Bulnes lo elogia con toda justicia en uno de sus paradójicos, ciertamente, pero demoledores trabajos históricos.

Fue cuna del general don Manuel Márquez de León, el pintoresco pueblo de Todos Santos, Distrito Sur de La Baja California. Luchador infatigable, de honradez sin mácula y de valentía a toda prueba, hizo completas las campañas de Reforma e Intervención.

Como soldado, el dios de la guerra guió siempre sus pasos, pues a semejanza del general Obregón en la etapa guerrera que acaba de pasar, jamás fue vencido.

Luchó siempre por los fueros de la libertad, y como amigo y compañero de armas del entonces liberal Porfirio Díaz, fue su más adicto partidario, hasta colocarlo en la presidencia de la República; pero, tráfuga aquél de los principios salvadores proclamados por la Revolución de Tuxtepec, el general Márquez de León fue el primero en arrojarle el guante, acaudillando la revolución que en este folleto se relata brevemente. ¡Primer grito de rebeldía, gesto heroico de protesta en contra del tirano...!

El plan revolucionario fue bien premeditado, y si no prosperó fue por las circunstancias que bien se explican en el suplemento de este folleto; pero bien podemos estimar el empuje militar de Márquez de León, por su “paseo” victorioso por el estado de Sonora.

No aniquilada la revolución, sino “disuelta” por el propio general, pasó éste a los Estados Unidos en donde permaneció más o menos cuatro años, y en la prensa de San Francisco, California, escribió una serie de artículos intitolados, si mal no estoy documentado, “Granos de Pimienta”, en contra del dictatorial gobierno de Díaz. Entró éste al fin en pláticas con el ilustre desterrado, consiguiendo que regresara al país.

Márquez de León salió de los Estados Unidos con destino a Mazatlán, Sinaloa, y cuando arribó a este puerto ya era presidente de la República el “mocho” González. Fue aprehendido,¹ y camino por tierra, ruta de Tepic, se le condujo a la capital, en donde se le puso en libertad, tan pronto como arribó.

En la gran ciudad homicida vivió sus últimos años, falleciendo el ilustre californiano en el año de 1888, a consecuencia de una terrible “enfisema pulmonar”, según certificado médico; pero la voz de la calle –voz de Dios– pregonó a raíz de la muerte del distinguido militar, que don Porfirio le había recetado sus eficaces pildoritas.

1 En crónicas de aquellos tiempos, se dice que el día en que arribó a Mazatlán el General, el pueblo preparaba una manifestación hostil a numerosos chinos que desembarcarían ese mismo día en el puerto; pero que dicha manifestación se convirtió en bienvenida para Márquez de León, y además que el pueblo no permitió que fuera aprehendido, a los gritos de: “¡el general Márquez de León no debe ir preso, a su casa, a su casa! —M. G. R.

Sus restos yacen olvidados en humilde tumba, en el panteón de Dolores. ¿Se justipreciará algún día la meritoria vida del General, tributándosele justo homenaje a su memoria?

Antes de cerrar estas mal pergeñadas líneas, no dejaré en el tintero el siguiente hecho, que pone de manifiesto la maldad luzbélica del clero. El General, en sus últimos años, se ocupó de escribir la historia de las grandes luchas del año 47, de Reforma e Intervención Francesa, de las que fue él importantísimo actor. Esos manuscritos, varios tomos, formaban una obra de inestimable valor histórico; pero a la muerte del autor, algunos representantes del clero, del funesto, maldito clero mexicano, se presentaron en la casa en donde exhalara el último suspiro el General y ordenaron a las buenas, ingenuas señoras que atendieron en sus últimos días al ilustre militar, que quemaran aquellos manuscritos. Y las “aves de mal agüero” fueron obedecidas.²

Y vaya aquí mi última plumada para la juventud californiana de buen puesto corazón, de entusiasmos cívicos no comprimidos por atávicos males, y que posea energías suficientes para emprender una magna labor patriótica.

Urge que cuanto antes se le rinda justo tributo de gratitud y admiración al más distinguido hombre en las armas y en las letras, que la luz ha visto en la Baja California.

¿Iniciativas? He aquí la mía: La ciudad de La Paz, la encantadora ciudad costeña que solloza amargamente a las márgenes

2 Estos informes los obtuve hace mucho tiempo de persona que no puedo nombrar; pero ahora, recientemente se me ha asegurado que dicha obra del general Márquez de León fue entregada al general Porfirio Díaz (siempre el funesto don Porfirio) por Romeo Márquez de León, hijo del General, fallecido éste. Fue nombrado oficial del Ejército por el dictador y marchó en servicio a Oaxaca; andando el tiempo fue a dar a Nicaragua en donde llegó a general y en cuya República falleció. —M. G. R.

del mar bermejo, sólo cuenta con un paseo público: el jardín “Velasco”. ¿No sería posible proceder desde luego a la creación de otro, hacia el rumbo norte de la ciudad, por ejemplo, y el cual fuera denominado jardín “Márquez de León”?

Con una dosis de buena voluntad todo puede hacerse, y estoy seguro de que el pueblo californiano atendería gustoso a un llamamiento de subscripción pública.

Y las palabras del poeta rebelde, ha tiempo claudicante, se cumplirán:

El mérito es el naufrago del alma:
vivo se hunde, pero muerto flota.

Y un índice severo, el dedo de Dios, seguirá recordando su mandato inexorable: “Los últimos serán los primeros”.

México, D. F., agosto 1o. de 1921.

El general Manuel Márquez de León a los habitantes de la Baja California

La corrupción y la mezquindad de sentimientos van poco a poco extinguiendo en la República el fuego santo del patriotismo y el amor a la libertad.

Los abusos del poder han intimado a las almas débiles y comprado con los tesoros públicos esos avaros miserables que sólo piensan en su interés privado, ha venido entre nosotros a dominar la fuerza bruta a la razón y a la verdad. Tanta bajeza nos sumirá en la deshonra y en la ruina, si por medio de un esfuerzo supremo no reivindicamos nuestra dignidad mancillada.

Los desmanes cometidos por las autoridades del Territorio y ese falseamiento escandaloso del voto público que se ha presenciado en las elecciones pasadas próximamente, sólo son un débil reflejo de lo que está pasando en el resto del país, con los actos reprobados de una administración ignorante y de mala fe que arrastra el decoro nacional.

Os consta que la Isla de Guadalupe está hace mucho tiempo en poder de aventureros, y que una partida de chinos está ocupando toda la costa comprendida entre la línea divisoria y San Bartolomé, sin que se haya dictado ni se piense dictar

ninguna medida para conservar ilesa la integridad del territorio y salvar el honor de México.

Si la nación tolera tanta infamia como está pesando sobre ella, no merecería el título de potencia independiente, y no puede caber en corazones leales la idea de una vida de humillación.

Todos nuestros valientes hermanos sólo esperan que se levante el lábaro sagrado que los ha de guiar por el sendero del honor para agruparse en torno de él, y nos toca a nosotros la gloria de enarbolarlo.

Entonemos, pues, con voz firme el grito de libertad, rectitud de conciencia y reforma general en la marcha de los negocios públicos, y pasemos el golfo para llevar hasta la capital de la República la moralidad y el desprendimiento.

Vea el mundo que hay todavía en la República Mexicana, ciudadanos honrados que se sacrifican sin otro interés que el bien general.

Nací entre vosotros, sois testigos de que he sacrificado una inmensa fortuna para servir a mi patria y tengo derecho a vuestra confianza. Juro y no mentiré como ha mentido el hombre de Tuxtepec y que la Baja California recordará siempre con satisfacción que nació en su seno vuestro amigo y hermano.³

La Paz, noviembre 22 de 1879.

M. M. DE LEÓN

3 El General Márquez de León lanzó otro manifiesto a los habitantes de la República, y en él se declaraba presidente interino de la República al general Juan N. Méndez. —M. G. R.

Carta del general Manuel Márquez de León al presidente Porfirio Díaz

La Paz, noviembre 22 de 1879.

Sr. General Porfirio Díaz

Apreciado compadre:

Los grandes sacrificios que durante diez años hice por usted y lo mucho que he padecido y padezco, porque a ellos debo solamente todas mis desgracias, no me parece suficiente expiación por la parte que desgraciadamente tuve en los deplorables males que de su elevación han resultado a nuestra infortunada patria. Este fatal error no se remedia sólo con vanas lamentaciones: se necesita una reparación y ésta no puede ser otra que la de exigirle que abandone un puesto que no ha sabido llevar dignamente.

Si usted fuera el hombre honrado y patriota que yo me figuré en mi acalorada fantasía, tendría alguna esperanza de que, cediendo a la razón, se retirara de la escena política sin ocasionar más desgracias, pero debo confesar que me equivoqué al

juzgarlo y no nos queda más recurso que apelar a medio doloroso, porque he visto con pena que, antes que el bien general, estima sus intereses personales.

No dirá usted que me ha faltado caballerosidad, cuando en vez de haber cumplido una orden injuriosa de destierro, como el que simuladamente me impuso al puerto de Acapulco, por intrigas nauseabundas, lo podía desconocer sirviéndome de los importantes elementos que había en mi poder,⁴ pero he querido evitar hasta el menor motivo de reproche, no obstante que participo de la opinión de Víctor Hugo cuando dice: “La obediencia pasiva es la bayoneta puesta eternamente en el corazón de la ley”. Creo con él, que el militar ha de ser ilustrado, pundonoroso y amante sincero de su patria, para no convertirse nunca en odioso instrumento de opresión.

El poco decoroso comportamiento de usted me autorizaba para romper los estrechos lazos de aquella íntima amistad que nos unía cuando tanto necesitaba de mí para aumentar su partido, y que me ha costado tan caro; pero que el falso amigo fuera un mal agradecido no daba suficiente derecho al ciudadano honrado para olvidar sus patrióticos deberes y le perdoné. También olvidé los agravios y menosprecios que he recibido de usted porque estoy íntimamente persuadido de que no es la deshonra para quien recibe la ofensa, sino para quien la infiere injustamente, pero la magnanimidad no alcanza hasta la flaqueza de disimular el insulto que nos hace a todos los leales mexicanos colocando traidores en puestos que somos más dignos

4 En esa época, el general Márquez de León era comandante general del mar del Sur, puesto [al] que renunció antes de levantarse en armas, prueba irrefutable de su hidalguía militar. —M.G.R.

que ellos de ocupar. Esto, señor, es levantar demasiado alto la inmoralidad y arrastrar el mérito por el fango, como usted se arrastró a los pies del bandido Lozada.

Hoy en su torpe administración ha vulnerado los santos principios que durante diez años juró sostener, que ha puesto en ridículo [a] la nación ante el mundo entero, y que la llevaría a su total exterminio si no se marcara el alto a sus desmanes, no puedo menos de hacer, por un noble sentimiento de amor patrio, lo que usted hizo por una mezquina ambición personal. De nuestra conducta juzgará el mundo muy pronto y se verá la diferencia que hay del uno al otro.

No dudo que a su lado se agruparán los judas que han desgarrado el pabellón nacional, y esa gente ruin y sin conciencia que sólo piensa en lucrar, pero no así los ciudadanos de acrisolada conducta y elevados pensamientos, que acudirán al puesto que señala el honor y ante cuyo generoso esfuerzo serán impotentes la vileza y sus partidarios.

México se salvará de la ruina y de la deshonra porque aún cuenta con hijos que sienten arder en su pecho el sagrado fuego de la virtud cívica y porque hay una divina providencia que ve por los destinos de los pueblos que luchan por la justicia y por su dignidad.

El amigo que con más lealtad supo servirle mientras lo creyó buen ciudadano.⁵

M. M. DE LEÓN

5 Este documento y el que antecede me fueron proporcionados por la señora Loreto R. de Andrade, de La Paz. —M. G. R.

De La Paz al Río Colorado

Camino por tierra y peripecias de tres oficiales en los Estados Unidos

Apuntes de don Manuel N. Lucero

El autor de estos apuntes declara que no tiene conocimientos literarios ningunos, y sostiene firmemente que todo lo que en ellos se narra es verdadero.

El día 28 de enero de 1880 dio orden el segundo general en jefe, Clodomiro Cota,⁶ de que el Batallón de Infantería “Cazadores de California” emprendiera la marcha a las tres de la mañana

6 “República Mexicana. Manuel Márquez, de León, general en jefe de las Fuerzas Reformadoras de la Nación.

En atención al mérito y servicios del C. Clodomiro Cota, Coronel de Infantería del Ejército, y de su digno comportamiento, le confiero en la propia arma el grado de General de Brigada.

En cuya virtud la autoridad militar a quien tocara, dispondrá que sea reconocido en ese empleo, haciendo se le guarden las consideraciones que le corresponden con arreglo a las leyes.

Los jefes de Hacienda respectivos, tomada razón de este despacho en las oficinas en que está prevenido, le abonarán el sueldo de que hace referencia la ley de presupuestos respectiva o el asignado a dicho empleo por decreto de 16 de agosto de 1861 y aclaración hecha en 2 de octubre del mismo año, que gozará siempre que sea puesto en servicio activo y cuando se halle en asamblea, aunque no percibirá sueldo alguno, disfrutará las consideraciones que corresponden a su clase.

Cuartel General en La Paz, capital del Territorio de la Baja California, a 26 de noviembre de mil ochocientos setenta y nueve. —M. M. de León. —El C. General en Jefe

del día siguiente con destino al rancho llamado “El Zacatal”; en dicho lugar se recibirían órdenes. El día indicado, a las dos de la mañana se dio el primer toque de marcha, a las dos y media el segundo, y a las tres el batallón salió del cuartel que ocupaba en La Paz, encaminándose rumbo al rancho ya nombrado, al mando de su teniente coronel Manuel Legaspi. Marchábamos frente al rancho denominado “El Palo”, propiedad de don Bautista Ganelón, cuando se nos acercaron corriendo tres jóvenes que, llenos de entusiasmo y lanzando vivas al general Márquez de León, deseaban correr la misma suerte que nosotros; se admitieron en las filas, comunicándoseles que tan luego como hubiera se les darían armas, lo que con gusto aceptaron y marcharon “de alta”. Dichos jóvenes eran Manuel Baltazar, Marino Rosas y Antonio Palacio, alias Baco.

A las seis de la mañana se hizo alto en El Zacatal, y a las ocho se verificó el reparto de rancho a la tropa, y naturalmente también a los tres voluntarios jovencitos que “con tanto entusiasmo habían abrazado la causa”. Media hora después se desertaron dos de ellos. Al decir que quedó Antonio Palacio, bien se comprenderán sus nombres.

A las siete de la noche llegaron seis hombres de caballería con un pliego del general Cota, ordenando que marcháramos a la mañana siguiente con rumbo a Mulegé. Así se hizo, y a las dos de la tarde hicimos alto en el rancho llamado “Rodríguez”, y habiéndose pasado lista hubo la novedad de desertión del soldado de la primera compañía Jesús Higuera, alias “El Cholito”.

de las Fuerzas Reformadoras de la Nación, confiere el grado de General de Brigada al Coronel de Infantería del Ejército, C. Clodomiro Cota.

A las cuatro de la tarde de ese mismo día nos pusimos en marcha, yendo a dormir a la “Boca del Cajón de los Reyes”, y al día siguiente a las dos a.m. emprendimos marcha, ordenando a la guardia, el teniente coronel, que fuera fusilado en el acto el soldado que manifestara sentirse cansado.

Por fin llegamos a “San Luis”; en este rancho se nos incorporó el general Cota, ordenando que esperásemos a la caballería que debía llegar al mando del coronel Claudio Zapata. Después de día y medio de espera llegó aquélla, ordenándose a la infantería que marchara hacia un ranchito que dista como dos leguas de “San Luis”. Momentos después de que hicimos alto en dicho punto, fue llamado el teniente coronel Legaspi, por el general Cota, pues había la novedad de que la compañía del capitán Prudenciano Carrillo se oponía a seguir hacia el norte, alegando dicho capitán, en nombre de su gente, que deseaban volverse a luchar con el enemigo.

El General Cota dispuso que se quedara cubriendo la retaguardia, y que en caso de que el enemigo lo atacara, solamente lo “toreara”, llamándolo rumbo a Mulegé; asimismo le dio el grado de comandante, y habiendo pedido Carrillo socorro para su gente, se le proporcionó.

Continuó el general Cota con la caballería, acampando como a mil varas a la vanguardia de nuestro campamento, y presentándose en nuestro cuartel mandó tocar Llamada de Honor. Reunida la oficialidad tomó la palabra el General más o menos en los siguientes términos: “que había dejado en comisión al comandante Carrillo; que el enemigo había ocupado La Paz el día tres de febrero y que, en consecuencia, habíamos procedido muy bien al abandonar aquella capital”. Tomó la palabra Atilano de los Reyes y contestó: “que le parecía muy

mal nuestra salida de La Paz, porque él mismo había llevado instrucciones del general Márquez de León, ordenando que no abandonáramos La Paz sino hasta que se presentara el enemigo; y que respecto a la comisión dada a Carrillo, le parecía también muy mal, porque en su concepto cometería desórdenes”. Todos aprobamos lo dicho por el “Güero” Reyes, pues así estábamos de acuerdo, pero el general Cota y jefes Zapata y Legaspi apoyaron el procedimiento.

La entrevista narrada tenía lugar como a las ocho de la noche, y se terminó con vivas al general Márquez de León, y resueltos a marchar la mañana siguiente a paso doble, rumbo a Mulegé, pues era preciso evitar que el enemigo “nos cortara la marcha”.

Marchamos pues, de San Luis. En el punto llamado “Pozo de San Miguel, recibió parte el Coronel Zapata, de que un rancharo que nos llevaba la delantera, iba dando aviso de nuestra aproximación, para que escondieran las bestias. Aprehendido que fue el tal rancharo, dio orden el Coronel Zapata de que fuera ahorcado; pero (¡oh su gran dicha!) el oficial encargado de la ejecución de la orden tuvo la ocurrencia de colgarlo “de los pies” y el pobre “diablo” se escapó, más que corriendo.

Llegamos al pueblo de Comondú. Hacía dos días que descansábamos, cuando ordenó el general Cota que se revisara escrupulosamente la tropa, inquirendo por la cantidad de parque con que se contaba, y al mismo tiempo ordenó que nos alistásemos para marchar, pues había recibido aviso de que el enemigo en número de seiscientos, desembarcaba en el puerto de Loreto. Ejecutáronse las órdenes y la mañana siguiente, caminábamos penosamente por malos caminos y escarpadas

serranías, y sin más provisiones que dos cargas de panocha; y, naturalmente, ganado que debíamos encontrar por el camino.

De Comondú a Mulegé nos vimos obligados a proporcionarnos en los ranchos lo necesario para la vida. Al general Cota le era forzoso disimular todo, pues bien conocía nuestra carencia absoluta de recursos, y además anteriormente nos había ofrecido que en Comondú se nos daría haberes, lo que no sucedió.

Al fin llegamos a Mulegé, pintoresco pueblito situado en la costa oriental de la península y al que dan fama sus bellas mujeres, sus sabrosas aceitunas y sus exquisitas y variadas frutas.

Según promesa del General, en Mulegé se nos daría una “quincena” y ropa; pero —¡oh, sorpresa!— nos encontramos con el pueblo casi solo, y únicamente la tienda de un español llamado Gorosave estaba abierta pero con el almacén vacío pues Anselmo Pedrín, Pedro Ortega y Varela “habían terminado con las mercancías”.

Hacía algunos días que nos encontrábamos en Mulegé, cuando se nos incorporó Prudenciano Carrillo, con menos gente de la que se le dejó, y rindiendo parte de que Anastasio Ramírez, sargento primero de su compañía, se le había pronunciado, y que habiéndolo batido había logrado matarle tres hombres; y que, además, en “La Junta” se encontraban dos rancheros, con órdenes de proporcionar bestias o caballada a las fuerzas del gobierno, las cuales debían encontrarse en “San Hilario”.

Tres días después de haberse incorporado Carrillo, recibió el general Cota una queja contra dicho comandante y su gente. Se le pidió cuenta a Carrillo y éste declaró culpables a Feliciano Márquez, alias el “Tercio”, a Manuel Argil y a Pedro Núñez. En

el acto se les aprehendió, estando vigilados por centinelas de vista; y al día siguiente, después de consejo de guerra, dio orden el general Cota de que a las 24 horas fueran fusilados. Llegó el momento de la ejecución. Mi buen amigo Manuel Ajuque y yo andábamos libando sabrosísimo vino de “La Purísima” para mitigar siquiera momentáneamente nuestras penas. Le tocó a Pedrín, mayor de nuestro Cuerpo, jefe de guardia de día. De los tres sentenciados, Manuel Argil se salvó ayudado por Pedrín y embarcándose para la isla de “San Marcos”; Feliciano Márquez fue perdonado por algunas consideraciones que lo favorecieron, prosiguiendo con el carácter de asistente; y Pedro Núñez sería irremisiblemente fusilado.

En el “Cuartel” fue avisado el mayor Pedrín que la escolta deseaba conocer la razón por la cual se iba a fusilar a aquel hombre. ¡Tanto conmovió el gran valor de Pedro, ante la muerte cercana, que la escolta se atrevió a pedir informes sobre la causa! Notificado el general Cota se presentó en el lugar de la ejecución, e informó: “se va a fusilar a este bandido, porque en El Triunfo intentó pronunciarse contra el coronel Zapata”. Pedro contestó: “No es cierto, señor”. Al oír tal expresión se llenó de cólera el General y continuó: “Se le va a fusilar porque en estos papeles —y mostró unos— me dan la queja de que anduvo robando y ultrajando familias, es decir, cometiendo las más grandes infamias”.

En vista de tales informes, y no alegando Pedro nada en su favor, la escolta nada tuvo ya que hacer sino cumplir la orden que se le había dado. El sentenciado esperó la muerte a pie firme y con la mirada altiva; la escolta cargó las armas, preparó, apuntando y sucedióse la detonación. Pedro Núñez pasó a la eternidad, dando prueba de gran entereza. Tristes

nos retiramos del sitio expiatorio, admirados del gran corazón de aquel muchacho, y pensando que tal vez Pedro no quiso denunciar a Carrillo, el verdadero culpable, pues al sonsacar éste a su fuerza para que se quedara, sin duda abrigaba algún pensamiento malo.

San Luis, El Plátano y otros ranchos fueron víctimas de Carrillo. El día de la ejecución, la mayor parte de los oficiales andábamos de parranda, apurando sendos vasos de vino del país, porque en el dulce y sabroso jugo de La Purísima buscábamos breve tregua a las desdichas del momento. Tras aquel suceso lamentable se siguieron el fusilamiento de F. Fontes, alias “El Menudero,” las muertes de un anciano Perales y de Adolfo Fabares, y Juan Estrada dio un balazo a Rosario Vázquez, que por fortuna no le causó la muerte.

Después de todos estos acontecimientos se dio la orden de que nos alistáramos para marchar rumbo a San Ignacio. Emprendimos la marcha.

Estábamos acampados lavando la ropa en un pueblo llamado Santa Águeda cuando se nos incorporó el general Cota, y en el acto mandó tocar “llamada de tropa y enemigo al frente”. Sucedióse entonces un bonito espectáculo: los oficiales unos casi desnudos, otros con la ropa mojada nos presentamos con nuestras respectivas compañías, listos para recibir órdenes. El General nos informó que un alemán de Santa Rosalía tenía aviso de que el enemigo se encontraba en Mulegé, preparándose para seguirnos. Nos pusimos pues, en marcha, caminando por arduos caminos.

Llegamos a San Ignacio. Hacía seis días que nos encontrábamos en dicho pueblo, cuando una mañana oímos que tambores y cornetas tocaban diana, en tanto que las campanas de la vieja

misión eran echadas a vuelo. No sabíamos a qué atribuir tales inusitadas muestras de regocijo, hasta que el teniente coronel Legaspi nos informó que aquello se hacía en celebración de que el general Márquez de León “había entrado a Hermosillo”. Le interrogamos cómo había llegado tal noticia y nos contestó que un indio la había llevado. Grande fue nuestra alegría aunque no sabíamos si creer o dudar.

A las dos de la tarde de ese mismo día se corrió la orden de que se formara la tropa, lo que así se hizo dándose el parte correspondiente al General cuando se presentó éste ante las tropas; se dio la voz de ¡firmes, tercien, armas! Ya en esa actitud respetuosa tomó la palabra el General, y dijo: “compañeros y amigos míos: he recibido la buena noticia de que el general Márquez entró a Hermosillo; ya pronto terminarán vuestros sufrimientos; yo soy testigo de las privaciones que habéis soportado con resignación, y creo que ya pronto tendréis la recompensa. Si la noticia que acabo de recibir es verídica, no será remoto que dentro de tres meses el águila del pabellón del Ejército Reformador pueda abrir orgullosamente sus alas en la capital de la República. ¡Viva el General Manuel Márquez de león!” ¡Viva!, repetimos todos, un grito nacido sinceramente de nuestros pechos, en honor del valiente caudillo y querido paisano.

Hoy que me encuentro lejos de la patria y que escribo fríamente estos pobres apuntes, miro con toda claridad que el general Cota ideó todo aquello para alentarnos a continuar la marcha con entusiasmo.

A las cuatro de la tarde de ese mismo día llegó procedente de las minas de Santa Rosalía, a donde había sido enviado en busca de provisiones, el mayor Pedrín, trayendo consigo dos

cargas de harina, una de frijol y un tercio de tabaco, llevándonos asimismo la noticia de que el enemigo se encontraba en San José de Magdalena, y comprobó su informe con una carta de su tío Juan Ignacio Pedrín y de Bruno Cañedo, en la cual le ofrecían garantías, si se rendía.

Nos pusimos en movimiento para emprender la marcha, a pesar de que nosotros más deseábamos buscar una buena posición para batir al enemigo antes de tomar el camino del desierto, sin provisiones suficientes para doscientos diez hombres. Tuvimos, pues, que continuar la marcha, por orden superior, yendo a dormir a tres leguas al norte del pueblo de San Ignacio.

En la madrugada siguiente empezamos a pisar el suelo cálido y arenoso del desierto; allí dieron principio las pruebas más duras que tuvimos que soportar, ¡allí fui testigo del tradicional heroísmo de la mujer mexicana, encarnado en las míseras soldaderas! Yo las vi cuidar amorosamente al compañero caído en la penosa ruta, tratando de reanimarlo con caricias y lágrimas; y las vi también tornar valientemente, a solas, del salvador oasis, llevando agua, agua salvadora para los resecos labios de su “Juan” caído.

En la segunda jornada del desierto se desertaron Eduardo Cornejo, Nicolás Amador, Lino Araiza, Manuel Espitia y algunos otros que habían quedado a la retaguardia. Caminábamos en dispersión: la sed y el hambre nos obligaban a hacerlo así tanto a los oficiales como a la gente de tropa. El general Cota se adelantó desde que entramos al desierto haciéndonos la promesa de que en el “Real del Castillo” nos recibiría el general Márquez con dinero y provisiones.

Después de las cuatro primeras jornadas tuvimos la suerte de encontrar “quiotes” y “biznagas,” que tatemábamos.

¡Esos humildes frutos silvestres eran nuestro único alimento y nuestra vida! Sin embargo, empezamos a enfermarnos y fue preciso comer carne, y carne de caballo para alimentarnos. En un punto llamado “Calamojué”, se mató el primer animal, una yegua, habiéndonos comido en total veintiuna bestias de la caballería del coronel Zapata. Diez y siete hombres se quedaron rezagados en el ardoroso y cruel desierto, aniquilados por la sed y el hambre y sin auxilio alguno. ¡Qué auxilio se les iba a prodigar, si cada uno de nosotros luchaba desesperadamente con iguales penalidades!

A dos leguas del “Real del Castillo” nos recibió el general Márquez acompañado de dos ayudantes. Mandó formar la tropa y enseguida se presentó ante nosotros, porque tenía que hablarnos. Montaba su caballo, y en el momento de dirigirnos la palabra suspendióse en los estribos: su figura era imponentemente épica y su mirada terriblemente severa. El silencio fue sepulcral. Los altos jefes y algunos oficiales, adivinando lo que iba a tratar, bajaron inconscientemente la vista. Yo fui uno de los que le miraron fijamente porque mi conciencia estaba tranquila.

“He venido aquí —dijo— para que ningún extraño oiga lo que tengo que decir. Mediten un momento nomás en la situación en que me han colocado y en que están ustedes. Hace veinte días que llegué a San Francisco, siendo muy bien recibido, y se me iba a facilitar todo lo que necesitaba, pero desgraciadamente a los dos días de mi arribo llegó también el vapor “Newbern” llevando la ingrata noticia de lo que ustedes habían hecho en el sur: la fama de bandidos era poca, y yo, el General, el general Manuel Márquez de León, era el jefe que los encabezaba. Enseguida se me cerraron las puertas y tuve que regresarme sin nada, lleno de vergüenza y con el título de bandido. ¡En mi

larga vida de soldado nunca se me había cerrado el paso. ¡Jamás había tenido la fama de bandido el general californiano Manuel Márquez de León! Mi cabeza se ha puesto blanca en la campaña luchando siempre con honradez por la patria. Ahora ustedes han manchado mi nombre y, para limpiarlo, tengo necesidad de vencer o morir. Si alguno de ustedes desea aún seguirme, tiene que gritar: ¡que mueran los bandidos! Si no, que no me siga: ¡yo iré solo a buscar la muerte, pero honrosa!”

Al terminar quebró su caballo y tomó rumbo al Real del Castillo. Lo seguimos con lágrimas en los ojos y el corazón lleno de lástima. Amábamos al viejo Márquez, como paisano, como general honrado y valiente, y adivinábamos en sus palabras el dolor de su alma de veterano luchador.

Iniciados en el plan revolucionario, Cota, Zapata y Legaspi quedaron al frente de los trabajos cuando el general Márquez abandonó la península. Debían aquéllos esperar seguir órdenes de éste, pero circunstancias que ignoro obligaron a precipitar descabelladamente los hechos, y los desórdenes que entonces sobrevinieron fueron consecuencia misma de los acontecimientos.

En el Real del Castillo se nos incorporó la compañía que en Tijuana se encontraba al mando del comandante Farías, de las fuerzas del gobierno. Al día siguiente dióse orden de marcha rumbo a Altar, Son. Marchamos. El general había partido dos días antes. Por la tarde, al hacer alto en Santa Catarina para comer y dormir, llegó al campamento un correo del General llevando órdenes de que tomáramos hacia la izquierda, pues el enemigo se encontraba a la vanguardia, desembarcando en el puerto de “San Felipe”. Como se ordenó, nos dirigimos al campo “Juárez”, y teniendo que encumbrar la sierra del mismo

nombre fue necesario tomar un guía. Notamos un cambio de temperatura extraordinario: abajo, en el plan, sentíamos un calor insoportable, y arriba, en la cumbre de la sierra, marchábamos bajo un continuo nevar.

Terminando el descenso nos vimos obligados a cruzar de nuevo otro desierto, en el que de cuando en cuando encontrábamos indios yumas; y carentes nuevamente de provisiones, el hambre nos obligó otra vez a comer caballo. Como manjar exquisito comíamos unos ejotes –“tornillo”– y un pinol –“péchita”– que nos vendían los indios yumas.

Llegamos a Los Algodones, lugar en donde nos esperaba el general Márquez, y que se halla situado a orillas del Río Colorado, cerca del Fuerte Yuma. A nuestra llegada nos informó el General que había despachado para San Francisco al general Cota.

Nos acampamos a inmediaciones de Los Algodones, levantamos algunos fortines y esperamos siete días al enemigo, que no apareció. Durante ese tiempo, nuestro viejo caudillo nos preparaba hábilmente para la defensa. Con entusiasmo deseábamos el encuentro teniendo confianza ciega en nuestro triunfo, y estábamos todos dispuestos a luchar como buenos. El enemigo sabía muy bien donde nos encontrábamos esperándole, ¿por qué no nos dio alcance atacándonos?, porque temía la derrota. Allí en Los Algodones observé que el General pasaba la mayor parte del día escribiendo, y continuaba hasta altas horas de la noche.

El día 2 de mayo, a las ocho de la noche, recibí orden del General, por conducto de uno de sus ayudantes, de que a las tres de la mañana siguiente me presentara a caballo a recibir órdenes. A las dos de la mañana ya caminaba yo a fin de estar puntual a

la cita. No había dormido en toda la noche, pensando para qué me llamaría el General a aquella hora. Suponíame encontrarlo dormido, y cuando al acercarme a la casa que habitaba en Los Algodones vi afuera el bulto de un individuo, imaginé que sería alguno de sus ayudantes, pero grande fue mi sorpresa al reconocer que era el mismo viejo Márquez. En el acto le saludé respetuosamente. “Ven para acá”, me dijo. Le seguí, y cuando hubimos llegado a su casa, continuó: “se ha llegado la ocasión de que podamos dar un golpe maestro; anoche recibí un parte en el cual se me dice que llegaron al Fuerte Yuma dos hombres del gobierno, con objeto de comprar provisiones para las fuerzas enemigas, las cuales se encuentran en “Colonia Lerdo”. ¿Y qué podemos hacer?, le interrogué. “Tú que sabes hablar inglés, me dijo, irás allá con el americano, al otro lado de la línea divisoria, y le pedirás en mi nombre que nos flete una lancha; que le daré una libranza sobre San Francisco, porque aquí no tengo dinero; le pondrás en conocimiento de que puedo sacar grandes ventajas cruzando hoy mismo el río”.

Enseguida me expuso parte de su plan. Si conseguíamos la lancha, la llevaríamos veinte millas río abajo hasta el punto llamado “Paso de González”, por donde pasaríamos 30 hombres, continuando la demás fuerza hasta cruzar por la línea divisoria. Así cortaríamos por completo el camino a los individuos del gobierno, nos posesionaríamos de sus provisiones y rendiríamos por hambre a la tropa enemiga, según decía el General. Partí resuelto a emplear toda mi corta elocuencia en suplicar al americano, pues era mucha la ventaja que resultaría con una resolución favorable. Llegué en momentos en que estaba unciendo un carruaje para emprender viaje al Fuerte Yuma; le di cuenta de mi comisión, manifestándole las ventajas que nos

proporcionaría y hasta le adulé. Se quedó el gringo pensativo; yo aguardaba desesperado la resolución. Por fin me dijo: “díglele al General que tendré mucho gusto en servirle, pero que hoy por la tarde regresaré del Fuerte Yuma, y que puede mandar mañana por la resolución”. Contento partí a dar parte de mi comisión, porque adiviné que el gringo nos iba a ayudar en algo. Informé escrupulosamente al General de los movimientos que había efectuado en mi camino, pues mi deseo era serle útil en algo, siquiera porque ya había premeditado abandonarlo tan luego como cruzáramos el río.

Me ordenó el General que la mañana siguiente volviera a hablar con el americano. El día cuatro de mayo me presenté de nuevo en la casa del gringo, quien en el acto me dijo: “me es absolutamente imposible fletar alguna de mis lanchas para que la bajen por el río; pero diga usted al General que suba con su tropa y en tres horas lo paso; que no tenga cuidado del gobierno americano, y que tocante al pago, lo mismo; que ya sé quién es el general Márquez de León; que después me pagará. Marché satisfecho de mi comisión, dando parte de todo minuciosamente al General. Al escuchar mi informe cambió de súbito su semblante, pues momentos antes miraba yo reflejada la desesperación. Casi con alegría me dijo: “muy bien: díles al coronel Zapata y al teniente coronel Legaspi que se aliste la tropa”. Fuíme al campamento y comuniqué la orden.

A las doce del día se movió el batallón con destino al “paso de la lancha”, en la línea divisoria, y a las dos de la tarde pasó el General. Cruzó primero porque tenía que ir al Fuerte Yuma a comprar sesenta pesos de provisiones: todo el capital que tenía y producto de la venta de uno de sus caballos. ¡Pobre General!, luchó siempre por la patria amada, en sus aciagos días

de infinita amargura. Hoy está ya viejo, pobre y con un gran desencanto en su alma épica. Vendió todos sus bienes que poseía en el pueblo de Todos Santos, y con su producto organizó en Sinaloa, gloriosas chusmas costeñas, para combatir al osado gabacho que pisó nuestro suelo. ¡Pobre General, digno de mejor suerte! Es un gran patriota liberal, que hizo completas las campañas de Reforma e Intervención, tocándole en suerte ser uno de los jefes que lucharon en el inmortal sitio de Querétaro, sitio que dio fin con el menguado imperio de Maximiliano. En su brillante hoja de servicios cuenta tantas batallas como años tiene de vida. ¡Hay generales que no cuentan con una sola, pero en cambio, tienen doble de miles de pesos que años de vida!

A la hora en que se cruzó el río, el autor de estos apuntes ya no era militar. Antes de pasar el río, el General nos dijo: “muchachos, el que quiera seguirme tiene que sufrir mucho; es muy extenso el desierto que se cruza para llegar a Altar. Y no tengo provisiones suficientes.”

Pensaba yo quedarme con el americano de la lancha, pues me demostraba algún cariño durante las entrevistas que tuvimos pero después de que cruzó el río el General vi que tomaban otro rumbo los siguientes compañeros: comandantes Prudenciano Carrillo y Atilano de los Reyes, capitán Juan Castro y subtenientes Nicanor y Manuel Ajuque. Me invitaron y los seguí, tomando todos rumbo a una “máquina” que distaba tres leguas, más o menos y en donde suponíamos encontrar trabajo en las minas. Nos segregamos veintisiete hombres, según supe por uno de los últimos que se separó. Podía haberse quedado toda la tropa, pues estábamos en tierra extranjera, y el General había ordenado que envolviésemos las armas en los sarapes a fin de entrar con ellas cubiertas a los Estados Unidos.

Ahora sólo voy a ocuparme de mí y demás compañeros que tomamos rumbo a la máquina, ya con deseos de trabajar hasta de mineros.

Allí empezó a serme útil lo poco que sé del idioma inglés. Hablé con el superintendente pidiéndole trabajo y nos dio un papel o “pase” para el capataz de la mina “Madre”, distante doce millas, y en el cual le ordenaba que nos diera trabajo. Por la tarde tomamos el camino, que es el mismo que corre el tren de Los Ángeles. Me divertí mucho con mis compañeros al ver cuán sorprendidos se mostraban oyendo “zumbar” los alambres del telégrafo: querían comprender lo que se decía por conducto de ellos, pues era la primera vez que conocían tan admirable invención. A las siete de la noche llegamos a una estación del ferrocarril y pedimos posada a don Juan Noriega, mexicano que tiene negocio en dicha estación, habiéndole dado una carabina por provisiones para nosotros y cebada para las bestias.

A la mañana siguiente, día 5 de mayo, fecha que nos traía gratos recuerdos cívicos de la patria ausente, ensillamos y emprendimos la marcha para la mina. Llegamos. Allí vendimos nuestras bestias y armas, y la pobre mula, flaca y coja que yo montaba corrió esa misma ingrata suerte. Fue fiel compañera en la penosa peregrinación, y yo pagué sus servicios remitiéndola en venta a una mina de nombre “Picacho” juntamente con las dos yeguas de los Ajuque.

El día seis empezamos a trabajar Manuel Ajuque y yo, destinándonos en unos túneles muy incómodos y peligrosos. Hicimos todo esfuerzo por quedar bien siquiera el primer día, pero todo fue inútil, pues a los tres días de trabajo se nos descharchó, palabra que en nuestra tierra quiere decir “descular”. Ya sin trabajo, preciso era que tomásemos alguna resolución,

tanto más que la comida era muy cara; mas al mismo tiempo no podíamos emprender la retirada desde luego, porque esperábamos al enviado comisionado para vender las bestias en la mina cercana.

A los dos días regresó, rindiéndonos las cuentas siguientes: había tratado las bestias en cuarenta y cinco pesos, pero el comprador sólo le había dado veinte, ofreciéndole entregar los veinticinco restantes en la semana próxima, a lo que nuestro enviado accedió con gusto, creyendo que nosotros trabajábamos aún y que podíamos esperar. Sin pérdida de tiempo era necesario emprender la marcha. Habíamos vendido dos carabinas “Henry” y una pistola, cuyos productos sumados con los veinte pesos, valor en cuenta de las bestias, hacía llegar nuestro capital a cuarenta y nueve pesos, libres de gastos en la mina. En tales circunstancias monetarias resolvimos tomar el tren para Los Ángeles, y como nos habían indicado que entendiéndonos con el maneador podía éste llevarnos de contrabando, pagándole poco dinero, nos dirigimos a la estación, dejando comisionado a Prudencio Carrillo para que recogiera el saldo que nos adeudaban del valor de las bestias y nos lo remitiera a Los Ángeles.

Nos separamos, pues, de nuestros compañeros: Juan Estrada y Prudenciano, quedaron trabajando de barreteros, y el Güero Reyes y Juan Castro quedáronse con la esperanza de que el día de la “raya” los proteja el dios Birján para tomar el tren de Arizona. La mina en donde se quedaron, llamada “Madre”, está situada a quince millas del Fuerte Yuma. ¿Cuándo volveremos a encontrar a estos viejos amigos y compañeros de tan larga y penosa expedición?

Al llegar a la estación consultamos a un joven americano, y el mismo se ofreció para arreglarnos el pasaje. El tren llegó a

las siete de la noche y detúvose a dejar carros para el metal de la mina. A su llegada el joven americano anduvo muy listo, a fin de que no maliciara la operación el conductor. Nos dijo que ya estaba todo arreglado, y que cuando el tren empezara a andar nos subiéramos en los carros del carbón, y que después nos colocaría el maneador en el sitio en donde debíamos continuar. Así lo hicimos, y a los pocos minutos ya íbamos asustados por la velocidad con que caminaba el tren; soplaban fuerte viento, y en donde estábamos provisionalmente nada nos resguardaba de aquel verdadero huracán.

Por fin apareció la luz de una linterna sobre los carros que venían atrás del nuestro, y distinguimos a un hombre: era el maneador, que bajó adonde nosotros estábamos. Le pregunté cuanto debíamos pagarle y me contestó que quince pesos; le ofrecí doce diciéndole que no teníamos más y con la condición que debía dejarnos hasta Los Ángeles. Aceptó dicha suma y nos indicó que subiéramos por el primer carro, pues que el segundo tenía la puerta abierta, la que debíamos “zayar” para poder entrar. La operación de trepar al carro y demás era para nosotros más que difícil por la oscuridad, el viento y la velocidad con que caminaba el tren, que nos obligaba a hacerlo a “gatas” y llenos de temor.

Habíamos decidido permanecer toda la noche soportando el frío, pero al fin se levantó Nicanor, dio algunos pasos y llegó al carro por donde teníamos que subir. Subió, se nos perdió de vista y poco después reapareció pidiéndonos las maletas pues ya había abierto la puerta. Me levanté y principié a ascender con toda precaución, pues si caía era hombre muerto. Ya arriba pedí las maletas a Manuel y lo alenté a que subiera también. Logramos al fin acurrucarnos en el carro de carga que nos señaló, aunque

muy asustados y temiendo que se volcara. Cada quince millas más o menos hay estaciones en las cuales hace el tren alguna maniobra o espera que pase el que viene con rumbo opuesto. Cuando hacía alto nos sobresaltábamos sobremanera como si el corazón nos avisara que algo desagradable nos pasaría.

Serían como las doce de la noche, y mis compañeros dormían tranquilamente; yo no había podido conciliar el sueño y pensaba en que podía encontrarnos el conductor, se descubría el “pastel” y nos dejarían en la siguiente estación. Nosotros no deseábamos cometer aquella picardía, pero la falta de recursos nos obligó a ella, tanto más cuanto que deseábamos aproximarnos a San Francisco para comunicarnos con nuestras familias y desvanecer sus justos temores por los oficiales del Ejército Reformador, haciéndoles saber que han terminado su marcha triunfal en los Estados Unidos, trabajando mucho y con ganas para quitarse el callo que traen en las posaderas de tanto montar a caballo.

Hacía como cinco minutos que había parado el tren en una estación, cuando oí afuera ruido de pasos y de voces. Yo ni respiraba y, sin embargo, sentía que el corazón me salía del pecho. Se abrió la puerta del carro, la luz de una linterna alumbró el interior, y la cara de un viejo que lucía cachucha con cinta dorada se presentó mirándonos ferozmente. Así que nos distinguió bien, gritó: “come out from there god dam you”. En el acto me incorporé, pero Nicanor y Manuel ni se movieron. Entonces, viendo que no salíamos, el viejo conductor gritó de nuevo: “son of a bitch i am going to bring my pistol, and kill all these felours”, e hizo el viejo como que se iba. Yo, que comprendí la amenaza del gringo, desperté a mis compañeros que, malhumorados, preguntáronme qué había dicho. Los informé

y apresuradamente intentamos salir. Salió Manuel, después Nicanor y último yo. El viejo estaba a un lado de la puerta y sólo había sofocado la luz de su linterna. Estuvo bueno el plan.

Quedamos pues, afligidos y sin saber en dónde nos encontrábamos. Sólo conocíamos el rumbo y que [estábamos] entre el Fuerte Yuma y Los Ángeles. Largo rato permanecemos parados y en silencio, como a cincuenta varas de la vía. Al fin Nicanor me interrogó: ¿qué vamos a hacer? —Lo más natural —le respondí—, acostarnos a dormir cerca de esa casa, y cuando amanezca veremos lo que hay que hacer.

Nuestro tren partió dejándonos más desconsolados que una Magdalena arrepentida, y tratando de conciliar el sueño; feliz porque cuando se duerme está el espíritu tranquilo, no se piensa, y cuando no se piensa, el alma no ve lo grave de su situación, las penas nos dan tregua y no despedazan nuestros sentimientos. ¡Con cuánta razón se dice que en tales casos dormir es un bálsamo reparador, la única tranquilidad que se puede buscar!

Amaneció, el ruido que hacían los habitantes de la casa nos despertó, y con razón pues eran chinos. La mayor parte de los operarios de las estaciones son chinos que viven como esclavos. Vi la fisonomía de mis compañeros bastante abatida, pero poco a poco nos fuimos reanimando, tal vez a influjo de la luz del sol, que ya empezaba a dorar las cumbres de los montes, y que, pródiga, venía a quitarnos lo entumidos que estábamos a consecuencia del intenso frío que soportáramos toda la noche. Salieron los chinos, y grande fue su admiración al encontrarse con nosotros, nos rodearon, hablaban en su lengua y parecía que se burlaban de nosotros. Me dio coraje y para

terminar aquella escena tan poco agradable, les dirigí la palabra en inglés, preguntándoles a qué distancia se encontraban Los Ángeles; y habiéndome contestado que a ochenta y dos leguas, les pregunté también si podían vendernos algo que comer, a lo que me contestaron que tan luego como se levantara su patrón. En ese momento, precisamente, abrió la puerta de su casa el jefe de la estación, y al vernos se dirigió hacia nosotros movido por la curiosidad. Nos hizo varias preguntas, a las cuales contesté y además le informé de lo que nos había pasado la noche anterior, porque noté que podía sacar algún provecho con mi narración; y no me engañé, pues se nos proporcionó comida, cobrándonos muy barato.

Poco después sacaron los chinos una plataformita y la colocaron sobre los rieles poniendo en ella agua, provisiones y alguna herramienta, y cuando estuvo todo listo, me habló el americano, indicando que subiéramos a la plataforma y que nos dejaría a siete millas de la otra estación. Gustosos aceptamos pues teníamos pensado emprenderla a pie. La plataforma tenía en el centro una especie de “bimbalete”, por medio del cual al moverlo como bomba, se ponía en movimiento. Los chinos se ocupaban de esta operación, pero nosotros nos ofrecimos a ayudarlos. Imaginariamente consideraba yo las cosas, y decía a mis compañeros: He aquí, en unión de unos chinos, a tres oficiales del Ejército Reformador, “dando bomba” para ganar el pasaje. Llegamos al punto final, nos despedimos de los chinos dando las gracias y empezamos de nuevo a “pisotear” las siete millas que nos separaban de la siguiente estación.

Serían las once del día y el sol nos abrazaba con sus ardientes rayos, y después de caminar como unas cinco millas, resolvimos

sestear; y como no muy lejos del camino había unos mezquites muy verdes, invitando a descansar bajo su grata sombra; así lo hicimos; son dignos de admiración esos árboles, pues en todo el campo sólo crece una matita ceniza, tostada por los rayos del sol y deshojada por los fuertes vientos que con mucha frecuencia soplan; el suelo es arenoso, parece que despide lumbre, y no se encuentra ni un pájaro, ni siquiera insectos, y agua sólo en las estaciones se encuentra. Descansamos hasta las tres de la tarde, hora en que nos pusimos en marcha, llegando a la estación con sed y hambre, y después de haber satisfecho esas necesidades nos sentamos a pensar en el presente y en el porvenir, que por cierto no nos sonreía.

Así estábamos cuando llegó el tren que caminaba rumbo a Los Ángeles; consulté a mis compañeros si convendría pedir pasaje al maneador, y habiendo consentido, le hablé. Nos pidió quince pesos por el transporte, ofreciendo llevarnos hasta Los Ángeles. Con todo el dolor de nuestros corazones le dimos los quince pesos, porque ¡ay!, nuestro capital mermaba horrorosamente.

El maneador nos hizo entrar a un carro, y habiéndole preguntado si había tiempo de comprar provisiones, me contestó que sí, pues el tren debía tomar carbón y el conductor venía dormido. Compré galletas y queso, y el jefe de la estación me regaló un vaso, de esos en que empacan ostiones, lleno de agua. Cuando estuve reunido con mis compañeros, el maneador cerró el carro y pocos momentos después el tren nos arrastraba vertiginosamente por segunda vez. Entró la noche y serían como las once cuando paró el tren y la puerta de nuestro carro se abrió;

quedamos fríos de temor, esperando otra escena como la pasada la anterior noche, pero a la luz de la linterna que nos alumbró reconocí las “divinas” facciones de nuestro maneador, quien nos dijo que podíamos comprar algo, mientras paraba el tren.

Para corresponder a su deferencia propuse a mis compañeros que compráramos cincuenta centavos de whiskey, licor que sin duda sería del agrado del maneador, a quien habiéndole preguntado en donde podía comprarlo, me señaló una casa, diciéndome que llamara a la puerta. Fui, llamé varias veces, pero no me abrieron, y temeroso de que el tren me dejara, regresé al carro. Hubo necesidad de que fuera el mismo maneador, y nos trajo media botella del licor indicado, tomó su buen “cacho” y nos dejó el resto, diciéndonos al separarse de nosotros que a las dos y media de la mañana llegaríamos a Los Ángeles.

No obstante ser de carga el carro donde viajábamos, tenía hacia arriba, cerca del techo, unas pequeñas ventanas, por donde contemplábamos el campo, más hermoso cuanto más nos acercábamos a Los Ángeles. Como nos lo había anunciado el maneador, a las dos y media lanzó la máquina un pitazo prolongado, señal de su llegada; poco después nos habló el maneador por una ventanita, recomendándonos que debíamos salir antes de que amaneciera.

He ahí, pues, en el punto final de su viaje, encerrados en aquel carro, y sin testigo alguno, a los tres oficiales del Ejército Reformador, esperando que amaneciera para salir. No ignoran que en el extravagante país donde se hallan son muy “curiosos”, y a cualquiera lo meten al “saladero”, por sospechoso. Con nuestro traje y las maletas al hombro presentábamos tan

extravagante aspecto que bien podíamos llamar la atención de algún polizonte que nos “echara el guante”; ¡eso no más faltaba para gracioso epílogo de nuestro viaje!

Esperamos, pues, que llegara la aurora. Serían como las cuatro de la mañana cuando resolvimos salir. Preparamos nuestras maletas, que guardaban muy poca cosa, por cierto, y Manuel empujó la puerta, que no se abrió; empujamos los tres haciendo todo esfuerzo, pero inútilmente, pues la puerta no cedió ni con maldiciones. Rendidos de fatiga, nos sentamos ya con disposición de esperar que amaneciera para comunicarnos con alguien para que diera aviso; pero de repente Manuel se levanta, como inspirado, buscó algo en el piso del carro, y se dirigió a la puerta. ¡Oh, felicidad, la puerta se abrió, haciendo uso de la sublime palanca de Arquímedes!

Salimos del carro y empezamos a recorrer la primera calle que encontramos, admirando los elegantes edificios. Por fin nos paramos en una esquina, y como ningún ser viviente salía aún a la calle nos sentamos y poniendo de almohada nuestras maletas, nos recostamos. ¡Parecíanos extravagante sueño todo lo que había pasado en nuestra penosa y larga marcha! Así estábamos cuando a lo lejos se oyó el galope de un caballo; pasó el jinete, apagó un farol y prosiguió apagando otros. En el acto nos pusimos en pie, reconociendo que era policía.

Amaneció y el ruido y movimiento empezaron. No encontramos punto fijo, sintiéndonos molestos con las maletas al hombro, pero nuestro capital no nos permitía el lujo de ocupar un hotel. Entramos a una cantina y pedimos tres vasos de cerveza. ¡Oh, sorpresa!: en el cantinero que nos sirvió reconocí al capitán de un pailebot llamado “Nidaros” y que estuvo en La

Paz. Entablamos conversación, contándome el porqué había dejado de navegar, y yo algo de lo que nos había ocurrido en nuestra expedición. Al mirar el capitán nuestras maletas sobre una silla, nos dijo que podíamos dejárselas si deseábamos dar una vuelta por la ciudad. Con gusto aceptamos, saliendo con disposición de tomar un desayuno.

Llevaba yo mi “ple” sobre los hombros, siguiendo las viejas costumbres de nuestro país cuando al pasar frente a una casa, oímos que dijo una niña, en dulcísimo idioma español: “Mira, mamá, ahí va un hombre tapado con un tápalo”. Sabía yo muy bien que portar mi ple era “contra ordenanza”, en un país extranjero, pero no tenía otro lujo, y por eso lo llevaba; ¡fue la última vez! Llegamos a la calle “Maine”, y al ver frente a una casa un letrero que decía: “Comidas veinticinco centavos”, entramos, se nos presentó una hermosa joven americana que nos preguntó si deseábamos desayuno, y habiéndole contestado que sí, cinco minutos después apareció con los ricos manjares: ¡parecía una diosa Venus que nos servía beefsteaks, huevos estrellados, etc.!, y nosotros esperábamos todo aquello como el cocodrilo debe esperar al inocente corderito que se dirige hacia donde él está en acecho.

Terminamos de comer, mejor dicho, de empacar, y nos lanzamos a la calle para no presenciar la admiración que causaría a la hermosa americana no encontrar restos de ninguno de los potajes que nos sirvió: ¡dimos fin con todo al mismo tiempo! Comimos así cuando hubo modo porque aún no olvidábamos las hambres soportadas en los desiertos y porque nuestro capital nos obligaba a reducir a dos las tres comidas de ordenanza. Salimos, pues, del restaurante y empezamos a recorrer las prin-

cipales calles de la ciudad, llamándonos en extremo la atención el incesante movimiento de carros urbanos, coches, etc.

Estábamos parados en la esquina del “Pico House” o casa Pico, cuando se dirigió a nosotros un joven mexicano, saludándonos, y después de platicar algo nos invitó a dar “la vuelta”, lo que aceptamos porque necesitábamos tener amigo. Nos llevó a un jardín, y durante el paseo le preguntamos qué clase de trabajo podríamos encontrar. “Ninguno, amigo”, me contestó. Entonces para ocultarle que estábamos “arrancados” le pregunté si conocía algunas “muchachas del arma”, contestándome que con casi todas tenía relaciones, y que si lo deseábamos nos presentaría con sus mejores “amigas”. Quedamos de acuerdo para acompañarlo al día siguiente, señalando la cantina del capitán como punto de reunión. Dio las doce el reloj de una torre vecina, y nuestro acompañante nos indicó que nos dejaba, porque tenía que comer, y se despidió, diciéndonos que era pobre, pero que teníamos a las órdenes a Francisco Rosas. Nos quedamos solos y pensando que el reloj nos había recordado que era hora de comer, pero no teníamos hambre. Nos quedaban cuatro pesos e hicimos el cálculo de los días que podíamos vivir con ellos; recordamos también que era preciso asegurar donde dormir, y nos dirigimos a la cantina, dispuestos a pedir posada al capitán, pues parecía tener buen corazón.

Cuando llegamos nos preguntó qué nos parecía la ciudad, a lo que contesté que muy bonita, y en ese momento me hizo una seña Nicanor, animándome para que le hablara al capitán, para desengañarnos. “Capitán –le dije–, los contratiempos que nos ocurrieron en el tren nos han dejado en muy difícil situación; nos quedan solamente cuatro pesos, no tenemos trabajo, por lo que suplicamos a usted tenga la bondad de prestarnos un cuarto

para dormir, y después de que cierre usted el establecimiento lo ocuparemos si nos remiten un dinero que esperamos pagaremos a usted; si no nos lo mandan, será favor que agradeceremos mucho”. Se enterneció el capitán con mi “espiche” y me dijo que podíamos disponer del cuarto mientras quisiéramos; y entonces, ya sin temores por falta de alojamiento, nos sentamos a la puerta a ver pasar la gente.

Al día siguiente nos levantamos muy temprano, ayudamos al capitán a hacer el aseo de la casa y después salimos a desayunarnos, es decir a “hacer lastre” para todo el día. Como Manuel y yo debíamos esperar al amigo Rosas, pedimos un peso a Nicanor, que al fin nos lo dio de muy mala gana, quedándonos, pues, en espera de Rosas, y Nicanor se dirigió al centro de la ciudad. Se presentó aquél como a las nueve de la mañana, y con él nos dirigimos a ver a las “muchachas”.

Después de recorrer varias calles llegamos a una algo estrecha, nos detuvimos frente a una casa de regular aspecto, y nuestro “cicerone” tiró de la campanilla; enseguida se presentó una “dama”, que nos dijo muy amablemente “pasen ustedes, caballeros”; ya en la sala nos indicó que nos sentáramos, pero nosotros buscábamos sillas, no teniendo valor para ocupar los elegantes sofás porque nunca nos habíamos sentado en “tan blando”. Observó ella nuestra vacilación, y haciendo mil cortesías nos indicó de nuevo un sofá. Al fin nos sentamos, pero nos sentíamos incómodos por la elegancia de la sala. Entablamos conversación, y después de un corto diálogo nuestro acompañante tomó la palabra y dijo: “los señores desean oírte cantar, Paulina”. Con mucho gusto –contestó ella–, y pidió excusas porque nos dejaba solos un momento. Salió, un poco después apareció trayendo consigo una guitarra, y ya con nosotros

preguntó: ¿quién de ustedes sabe tocar? Aquí mi compañero —respondió Manuel—; entonces, dirigiéndose a mí, agregó ella: tenga usted la bondad de afinármela.

Así lo hice, ejecuté un preludio y le entregué la guitarra. Pulsó ella la “lira” y entonó, muy aceptablemente, una canción muy antigua cuyo nombre es “La Chacha”, y al concluir la aplaudimos con entusiasmo. Enseguida, dirigiéndose ella a mí, pidiéndome que cantara algo, y después voy oyendo que pronuncia estas terribles palabras: Pancho, paga los “trinquis”. El tal Pancho se hizo disimulado y tuvo Manuel que salir a la palestra diciendo que los mandara traer, “voy yo misma” dijo, y desapareció. Tornó trayendo cuatro vasos de espumosa cerveza, brindamos y canté yo la dancita llamada “Ondina”, y terminada la canción pidió la dama el importe de las copas, pero yo me hice el sordo, pues el “peso” lo traía Manuel; repitió su petición dirigiéndose a mí, pero yo simulaba no oír, tosía y afinaba la guitarra. Por fin oyó Manuel, que platicaba con panchito, y le preguntó cuánto se debía, a lo que respondió ella que cincuenta centavos, y pensé yo: la mitad de nuestro capital. Al pagar Manuel dijo ella: “ahora voy a traer unas copas por mi cuenta, por tan bonita que es la canción que cantó el señor”.

Volvió con la cerveza, y después de apurarla pedimos que cantara de nuevo. Cantó entonces aquella canción llamada “La Chinaca”, que tanto anduvo en boga cuando Maximiliano vino a México; terminada la canción que nos recordaba la tierra patria, en país extranjero, y ya nosotros “un poco inspirados”, pedimos que repitiera las copas, correspondiendo así a la galantería de ella. Se trajeron y Manuel sacó el último y único tostón, entregándolo, y grande fue nuestra sorpresa al ver que ella daba veinticinco centavos vueltos, diciendo que solamente valían veinticinco las

copas porque la cerveza estaba un poco mala. Rehusó Manuel, pero al fin aceptó. Para terminar aquella situación que se hacía desagradable por falta de fondos, di principio a otra canción, y al terminar dije resueltamente a mis amigos: Vámonos, ya debe haber llegado el tren y tenemos negocio interesante. Nos despedimos con mucha política, ofreciendo volver por la noche, y el tal Panchito se quedó. Salimos contentos por la distracción y, sobre todo, por “la peseta” que nos había dejado la dama, quien sin duda lo hizo para “sacar raja”, pero ¡qué equivocada se dió!: no nos volvió a ver.

Nos dirigíamos hacia la que llamaré nuestra casa, cuando divisamos un carruaje y en él a Nicanor, “nuestro tesorero”. En el acto reconocimos que iba “trompeto”, y como nos diera “muy mala espina”, respecto a los fondos, intentamos seguirlo, pero caminaba el coche con tanta velocidad que se nos perdió de vista. Llegamos a la cantina con bastante apetito, pero hubo necesidad de disimularlo, optando por recostarnos en una hamaca del capitán a esperar la llegada de Nicanor. Llegó la noche, y ya nos disponíamos a salir en busca de aquél, cuando se presentó en escena, haciendo “equis” con los pies y balance con el cuerpo. Lo acostamos y salimos nosotros a comernos diez centavos de “doughnuts”, pan muy corriente y barato.

Amaneció e inmediatamente pedimos cuentas a Nicanor, respondiéndonos que no le había quedado un solo centavo. ¡Encantadora situación la nuestra! Henos ahí, pues, medio locos y pensando qué partido tomar. De nuestros quince centavos dimos cinco a Nicolás para que se “curara”, y con los diez restantes nos dirigimos a una panadería; compramos pan, ahí mismo lo comimos, tomamos agua y salimos, ahora sí ¡ya más arrancados que las mangas de un chaleco!

Todo el día lo pasamos vagando por las calles como si buscáramos algo. ¡Quién va a perder el tiempo pensando que en una gran ciudad, rica y con almacenes repletos de mercancías, puedan encontrarse seres extraños, pobres y sin trabajo! Todo pasa inadvertido, ante el alegre bullicio de la gran ciudad.

Pasó el día. Eran las seis de la tarde y caminábamos llenos de pena para nuestra casa; se me ocurrió entrar a un billar, y tras de mí entraron maquinalmente mis compañeros. Al reconocer que uno de los individuos que allí estaban era mexicano, me senté a su lado, lo saludé y le dirigí la palabra:

—Señor: ¿a qué distancia se encuentra el puerto más cercano?

—A veintitrés millas.

—¿Sabe usted si encontrarán trabajo allí marineros?

—Supongo que sí.

Le di gracias y nos dirigimos a nuestra habitación, pensando cómo haríamos el viaje para aquel puerto. Llegamos más pronto que de costumbre, sin duda por lo liviano del cuerpo, que no tenía “lastre”, y habiéndole preguntado al capitán cómo se llamaba el puerto más cercano, y que se encontraba a 23 millas, me contestó que Wilmington, y que el camino salía por la parte sur de la ciudad, siguiendo la vía del ferrocarril.

Al acostarnos comuniqué a mis compañeros el plan que había ideado, y dije a Nicanor: “tú, que eres el más viejo y hasta cierto punto responsable de nuestra actual situación, es necesario que soportes la vergüenza de hablar al capitán, tan luego como amanezca; le pones en conocimiento lo que nos pasa, le pides veinticinco centavos para bastimento y un salchichón de éstos que tiene ahí”.

Serían las cuatro de la mañana y ya estábamos esperando que se levantara el capitán para “clavarle la banderilla”, pues era preciso salir antes de que aclarara. Al fin se levantó, y Nicanor se dirigió a hablarle; nosotros quedamos arreglando las maletas y platicándonos los sueños que habíamos tenido durante la noche: yo soñé que estaba en mi casa tomando “champurrado” y Manuel que estábamos los tres comiendo “cabeza tatemada”. Nos reíamos de ver que casi nos habían fortalecido los sueños, cuando se presentó Nicanor llevando en la mano un salchichón y en el bolsillo veinticinco centavos. ¡Dios bendiga al viejo capitán, que fue tan generoso!, ¡jamás olvidaré su humanitaria conducta!

Nos despedimos muy agradecidos de nuestro favorecedor, compramos pan, y ¡hétenos ahí de “calda” para Wilmington!

Caminaríamos como seis millas cuando llegamos a una corriente de agua, y como sentíamos buen apetito, hicimos alto, dando fin con el salchichón; tomamos café “del río” y proseguimos nuestra marcha punto. Como a las doce del día llegamos a una estación donde decía: diez millas a Wilmington. Determinamos, pues, sestar, para llegar en la tarde, y nos internamos a una huerta abandonada, en la cual había árboles muy frondosos, y colocando de almohada nuestras maletas, nos recostamos. Desperté ya como a las tres de la tarde, e “hice volver a la realidad” a mis compañeros: ¡los pobres no querían abandonar los gratos brazos de Morfeo!

Habíamos dormido mucho, y teniendo aún que caminar bastante, inmediatamente emprendimos la marcha. Muy poco habíamos caminado cuando, al dar vuelta a un recodo, el mar se presentó a nuestra vista. ¡El mar! ¡Qué bello espectáculo

presentó a nuestros ojos aquel azul tan hermoso!: parecía que el cielo comunicaba su color transparente y limpio al espléndido paisaje marino. Al mismo tiempo lanzamos un grito de alegría al contemplar las aguas del mar Pacífico, y presurosa acudió a nuestra memoria la bella y tranquila bahía de La Paz, nuestra cara tierra ausente. Sólo quien haya crecido a orillas del mar puede comprender por qué el corazón retoza de placer y melancolía cuando de improviso, al dar la vuelta un recodo, el mar se presenta a nuestros ojos después de no haberlo visto durante mucho tiempo. ¡Entonces el alma se dilata en muda contemplación, y piensa el hombre que el Supremo Hacedor es un Dios!

Después de contemplar el mar, sin más objeto que admirar lo grandioso del paisaje, seguimos más animados nuestro camino; sentíamos adoloridos los pies y cometimos la torpeza de descalzarnos, como a las cuatro de la tarde, y al subir una cuesta, divisamos el puerto de Wilmington, en cuya bahía encontrábanse surtos algunos barcos.

Ya cerca de las casas tratamos de ponernos los zapatos, pero como se nos habían hinchado los pies; batallamos mucho para conseguirlo. Al llegar a las primeras casas pedimos agua a una anciana que nos miraba con marcada extrañeza, sin duda porque llegábamos “de infantería” y con las maletas al hombro.

Nos dirigimos al muelle, con la esperanza de encontrar entre los trabajadores a algún mexicano que nos diera posada, y cuando llegamos casi suspendieron el trabajo para fijarse en nosotros. Nos sentamos a esperar que terminaran su labor, creyendo que entonces alguien nos hablaría, porque casi todos eran mexicanos.

Se puso el sol, el capataz indicó que se terminaba el trabajo del día, y enseguida todos los jornaleros se dirigieron velozmente a sus casas. Parecía que nos tenían miedo y que huían de nosotros imaginándose que llegábamos implorando caridad. Entonces, a pesar de la muda desesperación que sentí, nació en mi alma el orgullo, la dignidad: Comunicué a mis compañeros lo que pensaba de aquellos hombres sin corazón. Y decidimos dormir en el muelle, antes de seguirlos.

Nos preparábamos a acurrucarnos en un lugar a propósito, cuando se nos presentó un viejo americano, diciéndonos en inglés que sí qué buscábamos, que el muelle no era para dormir sino para trabajar; terminó el viejo su sermón, tomamos nuestras maletas y nos dirigimos hacia la casa de la viejecita que nos había dado agua. Empezaba a oscurecer. Salió ella a la puerta y nos preguntó: ¿qué, ya van ustedes para atrás? Entonces pensé que como era viejecita, sería buena, y le dije: señora, creíamos que algún mexicano de los que trabajan en el muelle nos daría posada, pero nos volvieron la espalda, y ahora vamos al campo a buscar algún árbol para pasar la noche. Pues yo —me contestó— con todo mi corazón les franquearía mi casa, pero no puedo porque es muy reducida y tengo una hija enferma, pero allá en aquella casa (nos señaló una) he visto que dan posada a todo forastero que llega. Le dimos las gracias y nos encaminamos hacia la casa indicada, decididos a pedir un cuarto para los tres, y tan luego como trabajásemos lo pagaríamos. Por el momento era preciso encontrar donde resguardarnos de la niebla que, cual menuda lluvia, empezaba a caer.

Al llegar a la casa llamamos a la puerta y una voz franca nos contestó “adelante”. Entramos y una señora nos ofreció

amablemente asientos, preguntando qué se nos ofrecía; desde luego reconocimos que aquella casa era un restaurante, destinado a hacer negocio, y dada nuestra precaria situación no nos atrevimos a decir algo. Al fin Manuel dijo: “señora, deseamos que nos haga el favor de darnos posada por esta noche”. “Muy bien”, nos respondió la señora, indicándonos que la siguiéramos a un cuarto y recomendándonos que le dijéramos si la gran cama que en él había no era suficiente para los tres, se fue ella, y nosotros nos quedamos acomodando las maletas sobre una mesa.

Pensaba yo salir enseguida a la calle para comer algo. Habíame de decidido a vender mis anillos, dos prendas de seres queridos, que tal vez en ese momento pensaban cariñosamente en mí. La necesidad me obligaba a cambiarlos por pan, en tierra extranjera. Con mucho sentimiento quitéme de los dedos los anillos, envolviéndolos en un papel, y ya nos dirigíamos a la calle cuando oímos la voz de la señora que decía: “no se vayan ustedes, ya casi está la cena”. Sin querer nos sonreímos, aunque luego nos contuvo la dignidad, pues bien sabíamos que no teníamos fondos para pagar cena, cuarto y cama para tres.

Poco después nos indicó la señora que pasáramos al comedor, y por fortuna no nos acompañó nadie a la mesa; sin embargo, parecía que teníamos miedo a la comida, y nos preguntábamos con miradas si nos resolvíamos a cenar. Por fin hice un esfuerzo y principié, animando a mis compañeros, diciéndoles que en caso de que no encontráramos trabajo, hasta con mi querido, histórico “ple”, le pagaría a la buena señora. Terminada la cena dimos las gracias y pasamos a nuestra habitación, pues nos sentíamos cansados física y moralmente. Nos

acostamos casi uno sobre otro, pero al instante nos quedamos dormidos.

A las cinco de la mañana nos despertó el pitazo de una máquina, señal de llamada a los trabajadores. Nos levantamos, dirigiéndonos inmediatamente al muelle. Me informé con un americano si había trabajo para nosotros y me contestó que tal vez sí, pero que habláramos con el capataz. A las seis llegó éste, le pedí trabajo y nos dio, destinándonos a sacar madera de un pango. Era muy pesado el trabajo, pero bien podíamos haber arrojado a pedazos el corazón antes que correr. Trabajamos en ayunas desde las seis de la mañana hasta las doce del día, hora en que se suspende el trabajo para ir a comer. Entonces sí ya nos dirigimos sin temores hacia la casa de la buena señora que nos había dado hospedaje. Después de comer nos informamos sobre cuánto debíamos de pagar, quedando convenidos en que cuatro dólares semanarios, por cuarto y comida cada uno.

Terminando el día preguntamos cuánto se nos iba a pagar, y se nos contestó que dos dólares diarios; nos agradó el salario, a pesar de ser el trabajo tan duro.

¡Trabajo! El trabajo nos quitó un velo de tristeza que nos cobijaba, humillándonos. Por fin, ya estamos en Wilmington, por fin, ya estamos trabajando y contentos. ¡Hurra por los puertos! ¡Vivan los pata-salada!

Después de trabajar una semana llegó el domingo, día de descanso. Por la noche de ese día concurrimos a un billar, propiedad de Ramón Arce, mexicano amigo nuestro, y a las ocho de la noche nos íbamos a retirar pero nuestro citado amigo nos detuvo, invitándonos a una tertulia que debía verificarse esa noche en su casa. No obstante estar cansados aceptamos

porque mucho nos honraba una invitación de tal naturaleza, y ella nos haría olvidar los sufrimientos pasados y disiparía, siquiera momentáneamente, la amarga tristeza que nos causaba la ausencia de nuestras familias, de nuestras amistades y de nuestra patria.

Cuando llegamos a la casa de nuestro amigo ya habían llegado algunas familias, y enseguida nos presentó Ramón a su esposa, la cual se mostró con nosotros muy amable.

Dio principio el baile, y nosotros solamente mirábamos, porque se bailaba al estilo americano. Después de algunas piezas se propuso bailar cuadrillas y se nos invitó a que tomáramos parte. Nos habíamos propuesto no bailar, pero animados por la cordialidad que reinaba y por el cariño que se nos prodigaba nos resolvimos al fin a aceptar la invitación, aunque avergonzados y entorpecidos. No nos atrevimos a cruzar la sala para invitar a alguna señorita, por lo cual nuestros amigos nos dieron compañeras. Dio principio la música y se oyó la voz del bastonero que gritó: ¡Balanzo! Enseguida principió el movimiento rápido de la figura. Yo me quedé como estacado en mi sitio y comprendiendo que por mi torpeza podía avergonzarse mi compañera; le dije: “señorita yo no sé bailar cuadrillas de esta manera, por lo cual le suplico me enseñe, jálame con confianza, pues mi deseo es aprender”. Desde ese momento anduve perdido entre los que bailaban, como gallina ciega cuando oye sonar el maíz; no sabía lo que hacía y yo mismo me reía de mí. Todo fue risa y diversión, pues las cuadrillas bailadas al estilo americano son más bulliciosas que al estilo mexicano que yo conocía. Terminamos de bailar, o mejor dicho de andar perdidos entre los que bailaban, y di las gracias a la señorita que tan amable se había portado conmigo. Me dirigí a mi asiento,

avergonzado de haber bailado y dispuesto a no repetirlo, pues sé muy bien que a las muchachas no les agrada bailar con quien no sabe hacerlo.

Al día siguiente emprendimos viaje para la isla de San Clemente, contratados para trabajar en la pesca de la concha abulón. En esta isla solitaria fue donde tuve la idea de escribir estos apuntes, en mis amargos ratos de soledad y de descanso. No sé con qué objeto, ni para quién.

¡Quién se va a interesar en ellos! Y cuando torne a la Patria, a la amada tierra que me vio nacer, ellos serán para mí un caro recuerdo de mi loca juventud.⁷

Isla de San Clemente, California, E .U. A.
30 de agosto de 1880.

⁷ El autor de estos apuntes regresó a La Paz, allá por el año de 1885, y al efectuarse las primeras elecciones municipales fue encarcelado, como una medida precautoria. Sin comentarios. —M. G. R.

Suplemento al capítulo anterior

Apuntes de don Ramón D. Manríquez

A instancias de un amigo mío escribo estas notas relativas al movimiento revolucionario acaudillado por el general Manuel Márquez de León, en el distrito Sur de la Baja California, y que estalló el 5 de noviembre del año 1879. Quien esto escribe fue uno de los oficiales que acompañó a dicho general hasta cruzar la línea americana en “El Durazno”, Arizona, el día 15 de junio de 1880.

El general Márquez de León se encontraba en Sinaloa, y con motivo de los fusilamientos de Veracruz, el 25 de junio de 1879, conocidos históricamente por aquella célebre frase del dictador Díaz: “mátalos en caliente”, y además por el asesinato del periodista José Cayetano Valadés⁸ perpetrado en Mazatlán

8 En el periódico *La Tarántula* de que fue director el periodista Valadés, de fecha 26 de enero de 1879, número 5, encontramos lo siguiente: “El GOBERNADOR CAÑENDO. Sabemos de una manera fidedigna que ha dicho QUE ÉL NO SOPORTARÁ A ‘LA TARÁNTULA’, Y QUE ÉL ES MAL ENEMIGO. Lo que ponemos en conocimiento de las autoridades y de la prensa, para que si algún día nos sucede algo ilegal se tenga en cuenta este precedente. Firmado: J. C. Valadés”. Y en alcance al mismo periódico, número 10, sin fecha, leemos lo que sigue: “De vuelta del panteón, y al

en ese mismo año, el general Manuel Márquez de León decidió trasladarse a la Baja California.

Desde que llegó a La Paz, y viendo el jefe político, coronel Andrés L. Tapia, las inequívocas simpatías de que gozaba el General entre sus coterráneos, principió a vigilarlo, procurando estar al tanto de cuantos pasos daba, y saber con qué personas tenía más intimidad, dando por resultado tal espionaje que el movimiento revolucionario se llevara a cabo prematuramente, por decirlo así.

El general Márquez de León, al llegar a La Paz, ya llevaba el propósito de levantarse en armas en contra del dictador Díaz, tanto por su falta de cumplimiento al plan de Tuxtepec como por los horrendos asesinatos de que ya se hizo mención, y el movimiento hubiera sido formidable pues los planes estaban ramificados en casi todos los estados de la República; pero la denuncia hecha en La Paz por el capitán José Manero echó por tierra el bien meditado plan revolucionario. Manero era jefe de la guarnición federal de La Paz, y estaba de acuerdo para secundar oportunamente el pronunciamiento, pero traicionó la causa, como queda dicho, ante el coronel Tapia y el general Ángel Carbó.

pasar la comitiva por la casa del coronel Carricarte, en donde se encontraba alojado Cañedo, sin provocación de hecho por parte del pueblo, el asesino de Valadés y sus guardianes dispararon sobre la multitud, haciendo víctimas inocentes. Entonces el titulado general Carricarte, con un grupo de artillería que hizo venir del cuartel, hizo nuevos disparos sobre el pueblo indefenso, resultando nuevas víctimas, y a no ser por la popularidad del general Márquez de León, el pueblo habría tomado la satisfacción que le correspondía en justicia. Márquez de León y sus amigos calmaron la tempestad y así pudieron salvarse los que emplearon las armas de los soldados federales para asesinar al pueblo.” —M. G. R.

Por las sospechas que ya se tenían, confirmadas por la denuncia de Manero, el general Carbó mandó aprehender al general Márquez de León y demás complicados en el movimiento, pero casi todos pudieron salvarse y solamente fueron aprehendidos Miguel L. Cornejo,⁹ C. Bernard, el “Moro”; Carlos C. Cornejo, Lic. Eduardo Rivas y Manuel Pineda.

El primero de éstos fue quien trató con Manero su defección, y el tercero fue el agente que se entendió con los comandantes de los vapores de guerra “Demócrata” y “México”, para que secundaran también el movimiento revolucionario.

Los aprehendidos fueron trasladados al puerto de Mazatlán en los mismos vapores que debían rebelarse, y ya en manos de Carbó el hilo del pronunciamiento se fueron por tierra los grandes proyectos premeditados, pues el contingente de los vapores se perdió, así como el de todos los estados, sobre todo Sonora.

Fue ineludible, pues, que estallara el movimiento antes del día señalado o convenido con los jefes de los demás estados de la República; y como consecuencia de esto salió violentamente del Territorio el general Carbó, con destino a Mazatlán, regresando a los pocos días con buen contingente de soldados al mando del comandante Zamarripa.

Las fuerzas revolucionarias, al propio mando del general Márquez de León, se encontraban acampadas a inmediaciones del pueblo de Todos Santos, para donde fue enviado Zama-

9 Detenido en Mazatlán el señor Miguel L. Cornejo, teniendo la ciudad por cárcel, tuvo lugar el pronunciamiento del general Ramírez Terrón, con la célebre toma, por asalto, del cuartel colorado. En esa acción de armas tomó parte el señor Cornejo. Admírese el lector: en ese cuartel había 800 soldados y fue atacado y tomado por treinta revolucionarios; pero hay que tener en cuenta que entre éstos se contaba Heraclio Bernal, quien más tarde sería célebre guerrillero. —M. G. R.

rripa a batirlas, pero con tan mala suerte que fue derrotado por completo, cayendo prisionero y rindiéndose su fuerza. Al saberse tal desastre en La Paz, tanto el general Carbó como el Jefe Político coronel Tapia y demás autoridades, se embarcaron violentamente con destino a Mazatlán. A ese puerto fue a dar de “calda” el bilioso general Carbó.

Entonces fue cuando en La Paz lanzó el general Márquez de León un brillante manifiesto, denominando al ejército revolucionario “Ejército Reformador”, y en el cual se reconocía como presidente interino de la República al general Juan N. Méndez.¹⁰

Posesionados pues, del distrito Sur de La Baja California, con la retirada de Carbó fue nombrado Jefe Político el general Clodomiro Cota, y el general Márquez de León salió por tierra, con destino a la bahía Magdalena, con una escolta de quince hombres. Sus proyectos eran trasladarse a los Estados Unidos, donde se entendería con algunos de los demás estados de la República, y además se haría de parque y otros recursos

Es inútil repetir aquí lo que ya está dicho en los apuntes que preceden a estas notas, por cuya razón seguiré el hilo de los acontecimientos a partir del día que cruzamos el Río Colorado con destino al estado de Sonora.

El día 5 de mayo entramos al distrito de Altar, ciento diez y siete hombres, y en un rancho llamado Sonoita permanecemos ocho días esperando al enemigo, que se sabía nos iría a atacar.

10 Tengo informes, que conceptúo como verídicos, que se tenía la intención de sacar triunfante en las elecciones que se efectuaron bajo la custodia del interinato de Méndez, al Lic. Ignacio Luis Vallarta, honra del foro mexicano. —M. G. R.

Fue en vano la espera, y emprendimos la marcha rumbo al Atil, y antes de llegar a este punto nos atacó una fuerza de caballería que fue batida y dispersada vergonzosamente. En Atil estuvimos diez días, y casi todas las noches nos tiroteábamos con el enemigo, pues tenían su cuartel general en Altar. Pero viendo el general Márquez de León que no nos entraban de una manera efectiva, emprendimos la marcha por Tubutama, rumbo a la villa de Magdalena.

En el trayecto, en un rancho denominado “El Potrero”, en donde estábamos acampados, comiendo a las doce de un día, tuvo noticia el General de que como a las dos de la tarde seríamos atacados por fuerzas de caballería al mando del comandante Monreal.

Inmediatamente ordenó el General, con aquella clarividencia militar tan común en él, que saliéramos violentamente del rancho, como si huyéramos, y cuando calculó que las fuerzas de Monreal habían llegado, dimos media vuelta, logrando sorprender a las fuerzas gobiernistas en momentos en que pasaban lista. Les abrimos el fuego y se hicieron bola los pobres parias del gobierno del dictador Díaz, abandonando sus caballos, y solamente algunos se parapetaron por fuera de las cercas del corral, haciendo débil resistencia. Les hicimos varias muertes y nosotros tuvimos que lamentar herido al valiente mayor Gerardo Farías, jefe del segundo batallón, y algunos hombres de tropa.

Derrotamos, pues, completamente a la caballería de Monreal, quitándole caballos ensillados y algunas armas, pero tuvimos que abandonar el rancho El Potrero porque se tuvo conocimiento de que se aproximaban seiscientos hombres de infantería. En dicho punto tuvimos que dejar a los heridos, no con poca pena, y entre ellos al mayor Farías.

Al amanecer del día siguiente entramos a Magdalena, en donde un vecino tuvo una entrevista con el General, diciéndole que si le faltaban recursos, en Magdalena se le reunían diez mil pesos en tres horas; pero el general Márquez de León, con aquella honradez que era su norma, le contestó que tanto dinero le estorbaría, que solamente necesitaba mil pesos para su gente, y en efecto, en el acto le entregaron esta suma.

En Magdalena, mucha gente se nos quiso incorporar, pero viendo que no se había sacado mucho dinero, se arrepintieron, diciendo que no querían irse a morir de hambre.

De Magdalena nos dirigimos a Cucurpe, donde pernoctamos al siguiente día, y en la madrugada que se tocó levante en nuestro campamento, se escucharon también los toques del enemigo.

Llegamos a Rayón al obscurecer, y antes de alojarnos recibió aviso el General de que el enemigo llegaba también a la misma población. Emprendimos de nuevo la marcha rumbo a Ures, caminando toda la noche, y al día siguiente a las nueve de la mañana llegamos a las goteras de Ures, pero se tuvo conocimiento de que dicha ciudad estaba guarnecida por caballería al mando del general José Tiburcio Otero; y en efecto, así era, pues salieron a batirnos, entablándose un tiroteo toda la mañana.

Después de medio día nos retiramos por todo el río de Sonora y pernoctamos en “La Puerta del Sol”, dejando una competente avanzada de vigilancia. A las doce de la noche atacaron las fuerzas del gobierno a la avanzada, la que se replegó en buen orden hasta incorporarse, batiéndose bizarramente el mayor Emilio F. Mendoza, que era jefe de día. Toda la madrugada nos batimos, y al amanecer sólo quedaban pequeños grupos de fuerzas gobiernistas, pues la mayoría se había dispersado.

Nos atacaron doscientos veinticinco hombres, según informes rendidos por algunos prisioneros que se hicieron al enemigo.

En esta acción murieron heroicamente el mayor de infantería Higinio Contreras y algunos oficiales, y fueron heridos el Capitán Tadeo Iruretagoyena, teniente Blas Peña, del estado mayor del General, y algunos más de la clase de tropa.

El coronel Zapata se encargó de dar una tremenda “calda” a las fuerzas de Otero hasta cerca de Ures, por lo que se le destroncó su caballería, y siendo atacado por el mayor Jesús Aguirre, con ochenta de a caballo, tuvo que sostener los diversos ataques con solamente treinta hombres también de caballo, que eran más o menos los que llevaba Zapata.

Proseguimos la marcha, y al llegar a Baviácora tuvo conocimiento el General de que en dicho punto se encontraba el coronel Ciriaco Vázquez al mando de las fuerzas de que se componían las colonias fiscales.¹¹ A inmediaciones de Baviácora salió a nuestro encuentro el coronel Vázquez y entablamos combate, logrando desbandar vergonzosamente sus fuerzas y dejando en nuestro poder dos mulas cargadas con parque, el equipaje del mismo coronel porfirista, con su uniforme, y se recogieron también novecientos pesos que el general Márquez de León distribuyó entre todos con suma equidad.

Después del combate con las fuerzas de Vázquez en Baviácora, marchamos rumbo a la línea divisoria con los Estados Unidos, pasando por la hacienda “Las Delicias”, propiedad del general Ignacio Pesqueira. En dicha hacienda se nos agregó un

11 En dichas fuerzas venía con grado inferior el señor Emilio Kosterliski, que más tarde fue en Sonora jefe de la Gendarmería Fiscal en los tiempos del triunvirato Corral, Torres e Izábal, y quien fue el primer derrotado del hoy general Obregón, en Nogales, Sonora al encenderse la sangrienta guerra de 1918. —M.G.R.

joven de apellido Pesqueira que nos sirvió de guía, pues caminábamos por veredas extraviadas, para desorientar al enemigo. Cruzamos la línea, y en un rancho llamado “Yerba Buena” permanecemos ocho días. En el transcurso de ese tiempo llegó procedente de San Francisco, California, el general Clodomiro Cota, quien recogió nuestras armas, dejándonos solamente las pistolas, medida muy natural toda vez que ya estábamos en tierra extranjera.

El día en que se tocó dispersión, es decir en que nos separamos del General, éste nos dirigió la palabra, más o menos en los siguientes términos: “en virtud de no haber sido posible internarnos al estado de Sinaloa por razones que ustedes bien conocen, en cuyo estado cuento con amigos que simpatizan con el movimiento revolucionario encabezado por mí y en donde esperaba encontrar elementos necesarios para seguir la campaña, aplazo la prosecución de ella para día que no es posible determinar, pero que llegará. Parto rumbo a San Francisco, California, de donde podré comunicarme con los amigos de Mazatlán para ver si es posible reanudar la tarea que me he impuesto de derrocar el gobierno del general Díaz, que no ha cumplido con sus promesas al lanzarse a la revolución en contra del gobierno del Lic. Lerdo de Tejada. Deseo saber si en el momento oportuno están dispuestos a seguir compartiendo conmigo los rigores de la campaña; las desagradables peripecias porque hemos pasado nada valen, y tengo fe en que veré coronados mis esfuerzos en bien de la patria”.

Todos los presentes le contestamos que siempre nos encontraría dispuestos a seguirlo, aunque supiésemos que íbamos al sacrificio, al recibir su llamado o viniera a nuestro lado. Mucho se conmovió el General al oír nuestra contestación;

nada respondió, nos abrazó a todos y partió rumbo a Tucson, acompañado del general Cota.

Los jefes y oficiales presentes éramos: teniente coronel Manuel Legaspy; mayores Manuel Salgado, Ramón D. Manríquez y Tomás Martínez; capitanes primeros Tadeo Iruretagoyena, Rosario Vázquez, Luis Rivero Echegaray y Manuel S. Castillo; tenientes Felipe Salgado, Amado Ojeda, Salvador Pineda, Luis Estrada, Vidal Núñez y Santos Núñez; subtenientes Manuel Lamois y Pedro Morales; sargentos Brígido Altamirano, Ricardo García y A. Sandoval; secretario particular del General, Ismael Padilla. Con excepción de Tomás Martínez, Luis Rivero Echegaray y Tadeo Iruretagoyena todos éramos californianos.¹²

Tales fueron los acontecimientos más notables que se desarrollaron después de la separación de nuestras filas del oficial que escribió sobre la gira al través del desierto de la Baja California.

Fue un paseo triunfal por el estado de Sonora: fue un *Grito de rebeldía*.

Nogales, Sonora, abril de 1920.

12 Ismael Padilla fue, durante el maderismo, secretario de gobierno en el estado de Sonora, siendo gobernador José María Maytorena; y durante el huertismo fue fusilado en Coyoacán por el usurpador. El señor Manríquez, quien bondadosamente me proporcionó estos datos, omite, sin duda involuntariamente en la lista de jefes y oficiales, el nombre de Ponciano Romero, quien fue, según mis informes, muy importante factor en el movimiento revolucionario. ¡Cuántos de los ciudadanos que se mencionan en la lista descansan ya bajo la tumba! —M. G. R.

Palabras de justicia

Por el Dr. Pérez Bibbins¹³

[...] Por eso admiramos, con justo tributo, al valiente general Márquez de León, hijo de México, joya preciada de la milicia nacional, al que bien puede considerarse, y con justicia, como al célebre Bayardo: sin tacha y sin miedo.

México, mayo 31 de 1884.

Las tristes circunstancias por las que México atraviesa continuamente desde su existencia como nación independiente; la guerra interminable, continua y encarnizada que siempre se ha venido sosteniendo entre los hermanos, divididos por miras ambiciosas y bastardas, y por otra parte la hermosa perspectiva de la posesión de un terreno poco explotado, tienen constantemente despiertos los insaciables deseos del Coloso del Norte, de la nación vecina que en un tiempo pretendió, y logró en

13 Llama poderosamente la atención que el Dr. Bibbins haya tenido el valor civil necesario, en aquellos tiempos —1884—, para escribir el folleto de donde extractamos “Palabras de justicia”. ¡Cuántos escritores permanecieron mudos, poseídos de miedo cervical, ante la fiera tizona del chacal indomable! —M. G. R.

parte, la realización de sus ambiciones. En contra de estas miras, personas de talento, valor e ilustración han prestado las unas su sangre para la defensa, las otras sus consejos y opiniones más o menos respetables. Honra es para nuestra humilde pluma trazar aquí el nombre de un mexicano digno, defensor acérrimo de la libertad y de la democracia, de la reforma y del sufragio libre. El general Márquez de León ha contribuido poderosamente con sus escritos y con sus valerosas acciones a la justa defensa de su patria, a la conservación de nuestras costumbres, de nuestra libertad.

Sin vacilar jamás ante el peligro, sin medir las distancias, sin haber temblado una sola vez, animado continuamente por el ardiente amor patrio, que sabe sentir y comprender, el valiente General ha adivinado hace muchos años el peligro que corre nuestro país, colocado hoy bajo las garras del león y presto a ser destrozado. No vamos a hacer aquí una biografía completa del digno hijo de México, vamos tan sólo a resumir brevemente los hechos más importantes de su hoja de servicios, limpia de borrones infamantes y circundada por la brillante aureola del valor y del talento.

El primer hecho de armas que debe consignarse, fue sostenido por el señor Márquez cuando servía en la guardia nacional en calidad de subteniente. Batióse, en efecto, el año de 1841, contra las fuerzas de don Antonio López de Santa Ana. Pero el verdadero principio de su carrera militar debe contarse desde el mes de octubre de 1843, cuando a las órdenes del teniente don Cristóbal Hausen, sirvió como segundo comandante en la goleta de guerra “Anáhuac”, después de haber pasado de la marina mercante a la marina de guerra.

Grande fue la parte que tomó el general Márquez de León para organizar una expedición que protegiera y defendiera los intereses nacionales, cuando el comodoro Ape Jhones atentó contra la integridad de la República, pretendiendo anexar la Alta California al extenso territorio norteamericano. Desde entonces el general tomó participación en la defensa de los intereses nacionales amenazados, comprendiendo que era el principio de una gran empresa, que era la pérdida de México lo que se premeditaba. Trabajó con afán por formar la expedición que debía acometer la noble hazaña que le entusiasmaba, y, merced a sus continuas excitativas y consejos, pronto se vio formalizada, quedando bajo las órdenes del coronel Sinestra. Desgraciadamente en nuestro país toda empresa fracasa de continuo ya por la apatía inherente al carácter de todo mexicano, ya por las miras ambiciosas de algún descontento. Próxima a partir la expedición con su misión honrosa y patriótica, a la cual hubieran debido contribuir en masa todos los hijos de la República, pronuncióse Pareres, haciendo fracasar el éxito del más importante objeto en que debieran ocuparse, de la conservación de nuestro territorio y de nuestra ultrajada dignidad.

A pesar de esto, el patriotismo nunca desmentido del señor Márquez se exaltó sobremanera cuando se declaró la guerra abierta entre México y los Estados Unidos. Era natural que él había estado adivinando hacía tiempo las ambiciosas miras, mal disimuladas, de los americanos, al encontrar de repente la oportunidad de prestar sus servicios a su querida patria, se viera impulsado por el heroico valor que puede abrigar un pecho noble, por el ardimiento que sólo se encuentra en los verdaderos patriotas, que aman a su patria como a su querida madre, sin

procurar sacrificarla inicuaamente para satisfacer ruines caprichos o depravadas ambiciones. El General se batió valientemente en diversas ocasiones, habiéndose hecho notable en la batería de Mazatlán, en las Olas Altas, en el Puerto Viejo y en Urías. Las provisiones con que contaba el enemigo venían de Valparaíso en la barca “Natalia” que fue apresada por Márquez de León, privando así en parte a aquél de sus pertrechos.

Como el verdadero patriotismo no reconoce dificultades ni sacrificio alguno con tal de ver realizados sus deseos, y como el señor Márquez contaba en aquel tiempo con una regular fortuna, tomó a su cargo el sostenimiento completo de una de las compañías de la guardia nacional que hacía la campaña en la Baja California, el año de 1853, contra el filibustero Walker. La compañía estuvo perfectamente bien equipada merced a las solícitas atenciones del General, quien manifestó un desprendimiento y un entusiasmo sin límites. El filibustero Walker fue completamente derrotado por el señor Márquez, quien se puso en persecución suya, logrando arrojarlo de los límites de la República.

Dos años más tarde, el Congreso Constituyente tuvo que erigirse en Gran Jurado por los piratas que arribaron a La Paz. El General frustró las depravadas intenciones de aquellos hombres que en número de 150 venían al mando del almirante Zerman: Las pérdidas para ellos fueron de los buques “Archivald”, “Gracie” y “Rebeca Adams”, que montaba cuatro cañones. Una violenta acusación fue formulada contra el General, por su completa victoria, acusación que fue completamente desechada por el buen juicio de los miembros del Congreso.

Terminó por fin la desgraciada guerra del norte de la manera que todos saben; pero fiel a su destino, México siguió

regándose con sangre humana en la interminable lucha que siempre viene sosteniendo. Declaróse la guerra de Reforma, y el General, partidario acérrimo de este sistema, suministró de su propio peculio el armamento y los útiles necesarios para la formación de un batallón de artillería que contaba 226 plazas, y además los pailebots “Suerte”, “Confianza” y “Perla”. No contento con esto volvió a empuñar la espada, mandando en jefe las tropas de Sinaloa, mando que le fue entregado por el gobernador, y en un acto de notable destreza tomó el puerto de San Blas, defendido como estaba por ocho magníficos cañones y el pailebot “Santiago”, que poseía otros dos, derrotando por completo a los jefes enemigos Don Carlos Horn y don Antonio Rodríguez. Fueron derrotadas por él, en “Las Ladrilleras” y en “Las Navajas”, parte de las fuerzas de don Leonardo Márquez, y a despecho del general Coronado, que trataba de retirarse a Sinaloa, dio la batalla de Tepic, derrotando a los generales Moreno y Lozada (septiembre 7 de 1859).

Con notable acierto y prontitud de ejecución, se singularizó mandando en jefe la batalla dada en las “Lomas de Ixcuintla”, destrozando completamente y dispersando a las tropas de Calatayud, después de las de Lozada, en “San Cayetano”. Bajo el mando del general Ogazón se dirigió hacia el sur del estado de Jalisco, haciendo toda la campaña en aquel punto. Derrotó a Avano en la Baja California y a Cajén en “El Espinal” (mayo 10 de 1860).

Presentóse entonces la amenazadora intervención extranjera para variar los destinos del país, intervención que dio únicamente por resultado la guerra contra la Francia. De nuevo se presentó a nuestro valiente general, un vasto campo donde ejercitar las magníficas dotes con que se halla dotado,

y el corazón de verdadero patricio que late valeroso dentro de su pecho. Numerosos combates fueron sostenidos y ganados merced a su pericia y a su valor, siendo los más notables los del “Mosco”, “Mesa de la Remuda” y “Segundo Cielo”. En la batalla frente a Orizaba, ocupaba con la brigada de su mando el centro de la línea que resistió victoriosamente el asalto de los franceses. Merced a su acertada dirección fue ganada la batalla de la “Sierra del Bosque”, y Tovar derrotado por completo. Después se batió en Durango a las órdenes de Negrete, y en Sinaloa a las de Corona. Este último general le encomendó el asalto de “Palos Prietos” y después el de Mazatlán, por el lado del “Astillero”, la madrugada del 12 de noviembre, en que murió el famoso capitán francés Latast. Más tarde tomó la plaza de Zamora y asistió al memorable sitio de Querétaro.

En 1865 se sublevaron las tropas (Dávalos) en Culiacán contra el benemérito general Rosales, y el establecimiento del orden y la tranquilidad fue debido enteramente a la oportuna intervención del general Márquez, quien supo verificarlo con la pericia de un militar consumado, pericia que más tarde, cuando el pronunciamiento de San Luis Potosí, puso en planta para mantener el orden. El General salió entonces violentamente y todo se arregló perfectamente. Antes, y siendo secretario del Congreso como diputado, habló brillantemente en contra de las facultades extraordinarias pedidas por el presidente Juárez.

Por sus profundos conocimientos, su gran valor y su excelente trato como amigo, se hacía acreedor a ser reconocido por muchas personas como hombre de gran influencia, de la que aprovechó persuadiendo en Sayula al general Guadarrama a que se uniera con el general Rocha, unión que contribuyó poderosamente al resultado de los acontecimientos de Ovejo.

Pasó enseguida a Sinaloa, donde tomó el mando de las fuerzas del estado, de lo que resultó forzosamente la completa sumisión de los pronunciados de Isiordia y el retiro de don Plácido Vega, que había avanzado de Tepic a la Bayona —ahora “La Concepción”— (año de 1871).

Sucedió a estas guerras la revolución levantada en contra de don Benito Juárez, en la que fue firmado el célebre plan de la Noria para defender el sufragio libre. A la cabeza de esta revolución se colocó el general Díaz, uniéndose varios de los jefes más caracterizados del ejército. El general Márquez se hallaba a la sazón en el estado de Durango, y desde allí, unido al general Donato Guerra, marchó para el puerto de Mazatlán donde, aprovechando su poderosa influencia y trabajando con suma eficacia, provocó el levantamiento del coronel Palacios, jefe del 12 batallón, quien al punto se pronunció a favor del general Díaz por el Plan de la Noria, debiéndose este hecho tan importante a la reconocida influencia y al partido que el valiente General había sabido conquistarse en todo el Estado de Sinaloa.

Un hecho de armas que añadió un nuevo laurel a su corona victoriosa, acaeció en el mismo año de 1871. Era el general Márquez jefe de la División de Occidente y al mismo tiempo gobernador y comandante militar de los estados de Sinaloa, Sonora y Territorio de la Baja California. Su pericia militar y su nunca desmentida sangre fría le valieron un triunfo completo sobre las tropas del general Pesqueira, quien fue batido por él y derrotado completamente en la villa de Sinaloa, contribuyendo a la gloria de la jornada la notabilísima diferencia en el número de soldados; sin embargo, el general Márquez, con el talento militar que supo poner en juego, hizo olvidar la

desigualdad de las fuerzas que se presentaba en contra suya, y obtener un triunfo completo y altamente glorioso. El año de 1871 se presentó al general Márquez como época propicia de célebres victorias. El punto llamado “El Tule” fue después el teatro de otro hecho memorable en que el digno patricio hizo capitular con un corto número de soldados al coronel del 7º, Saavedra, quien con una columna de 800 hombres marchaba sobre Mazatlán, y tuvo que rendirse a unos cuantos hombres.

Entre tanto, Pesqueira se hallaba en Culiacán, fiel al partido que defendía. Márquez entonces marchó a sitiar aquella capital, sosteniendo el sitio por espacio de un mes. Desgraciadamente tuvo que retirarse después de ese tiempo debido a la escasez de elementos para continuar el sitio, y a falta de algunos jefes. El general Rocha avanzó entonces sobre Mazatlán con una fuerte división, y Márquez, siguiendo a la bandera que había levantado a favor del general Díaz, le acompañó entonces, y después de su marcha sobre Chihuahua, donde, poniendo en planta sus vastos conocimientos militares, su extensa práctica y su magnífico acierto, ordenó y dio personalmente la batalla que se llamó de Tavalopa. Gran triunfo fue éste para la causa que defendía y muy glorioso para el valiente General, pues contando apenas con un insignificante número de soldados batió y derrotó completamente al respetable número de las bien equipadas fuerzas del estado que salieron a su encuentro.

La muerte del presidente Juárez puso término a la guerra del sufragio libre, y el general Márquez dejó entonces las armas, retirándose a vivir de su trabajo personal, después de haber gastado su fortuna en favorecer y sostener la guerra, tanto extranjera como nacional. Así vivió algún tiempo en la laguna de Tlahualila, trabajando particularmente, sin ingerirse

en los negocios militares ni políticos, cuando reinaba la paz, cuando había cesado todo peligro, cuando podía, a imitación de tantos otros, haber exigido un premio a sus servicios y a su patriotismo. El general Porfirio Díaz, reconociendo sus méritos, le nombró administrador de la Aduana de San Blas, cargo que ejercitó con acierto y exacto cumplimiento de sus deberes y después comandante general del mar del Sur.

Sirviendo este último empleo experimentó graves descontentos de la política gubernativa, viendo el giro que ésta tomaba y que era tan contraria a sus altas y patrióticas miras. En consecuencia, presentó la dimisión del empleo de que disfrutaba y se retiró nuevamente a la vida privada, estableciéndose en el Territorio de la Baja California. Sin embargo, sus sentimientos entusiastas y patrióticos no pudieron permanecer indiferentes ante la triste perspectiva que se presentaba a nuestro desgraciado país; no podía soportar el pensamiento de que nuestra querida patria llegue a ser algún día propiedad de la raza ambiciosa y materialista que pretende apoderarse de ella para matar sus costumbres, su idioma, su modo de ser, cuando ha costado tanta sangre a nuestros héroes fecundar el árbol bendito de la libertad y de la independencia, cuando los mexicanos cuentan con bellos sentimientos, con pundonor y delicadeza, con patriotismo y entusiasmo. Y no pudiendo contener los impulsos de su ardiente corazón, de su fervor patriótico, hizo un movimiento declarándose enemigo abierto del sistema seguido por él, sistema que según su instrucción nada común, no podría traer otro resultado para México que su total exterminio, su anexión completa a los Estados Unidos del Norte.

Por desgracia, todas las buenas empresas van acompañadas en nuestro país por la fatalidad, y la revolución que el general

Márquez emprendió y que podía haber hecho reflexionar al gobierno sobre la justa causa que la motivaba, decidiéndolo a poner el remedio necesario, la revolución que era un destello de esperanza para los que, como aquel patricio, aman verdaderamente a su patria, como hijos verdaderos y cariñosos, y no como hipócritas hijastros, la revolución, decimos, se vio frustrada como todas las buenas obras, y el general Márquez de León, decepcionado, se retiró al extranjero, viviendo cuatro años en Estados Unidos de Norteamérica, y deplorando la suerte desgraciada de su amada patria.

Dr. Manuel Pérez Bibbins
(Duranguense)

México. D. F., 31 de mayo de 1884.

**Algunas cartas del general Manuel Márquez
de León dirigidas de San Francisco,
California, al capitán Tadeo Iruretagoyena,
en Tucson, Arizona**

Septiembre 23 de 1880.

Querido amigo:

Con sumo placer he visto su grata 19 del corriente, porque ella me da esperanza de que los amigos salgan libres, yo no he podido conseguir recursos, por eso nada les he mandado pasado mañana tendremos noticias de México y sabremos a qué atenernos; entre tanto, paciencia.

Abril 9 de 1881.

Con gusto contesto su grata 1o. del corriente, anunciándole que me encuentro restablecido, aunque algo débil por la falta de ejercicio.

De los artículos que se han publicado no queda ya ningún ejemplar, pero le acompaño copia de una carta dirigida a la capital que aclara mejor el asunto. Los negocios van tomando un aspecto favorable. Parece que el amor patrio empieza a renacer.

Recuerdos a todos los muchachos, y dícales que la hora se acerca. No deje de escribirme de cuando en cuando.

Junio 4 de 1881.

Desde que recibí su apreciable 24 del pasado, estoy ansioso por saber qué ha sido de los muchachos.

Parece que se formaliza la campaña sobre los yaquis, y es probable que si las fuerzas federales sufren un descalabro se moverá el estado de Sonora y enseguida todo el país. Mis paisanos se han vuelto muy vividores y no quieren arriesgar. Todos están por ir a la segura, y nosotros debemos también esperar que algunos le pongan el cascabel al gato, para que nos llamen en su auxilio, lo que no dudo sucederá pronto.

Junio 14 de 1881.

Siento sobremanera que Ramón [D. Manríquez, autor del “Suplemento”] haya sido remitido a Detroit, y no comprendo su temor de fugarse, cuando por recomendación mía hubiera quedado con ese objeto.

La situación de Sonora es la misma de toda la República, y no sin razón se dice que cada pueblo tiene el gobierno que merece. Esos mis compatriotas están envilecidos, y más que todos don Ignacio Pesqueira, que ha dejado ya de ser hombre.

No conservo ningún retrato mío, y, oculto como estoy, no me puedo presentar en ninguna galería, porque sería lo mismo

que entregarme a mis enemigos. El no haberme dejado retratar me ha salvado.

Por degradado que ahora esté el pueblo mexicano, al fin tendrá que resolverse a derribar a esos traidores que están entregando el país a los yankees. Ya en E. U. no se habla más que de la americanización de México.

Branan llevaba el proyecto de hacer alianza con los yaquis y mayos en contra de los mexicanos. Escriban a todo el mundo en Sonora para que se opongan a que tome posesión de las tierras que le dio el “Mocho” González.

Tenemos la sagrada misión de salvar a México, y la hemos de cumplir echando a pique la decantada Doctrina Monroe. Si hay en el Tucson algunos compatriotas dignos, que trabajen.

Agosto 24 de 1881.

Su carta 14 del corriente la recibí hoy abierta, porque da la casualidad de que hay en Market St. dos casas con el número 1028 y en ambas un “Mark Moor”. Siempre será bueno que me ponga Miguel Molina.

Mucho gusto tengo de que esté usted colocado mientras llega la hora de “salir a paseo”, y de que en Sonora estén tan animados. Así están en todo el país, pero cada uno espera que otro le ponga el cascabel al gato para poder resolverse, y así se va pasando el tiempo.¹⁴

14 El pobre General murió esperando. ¡Oh, si hubiese vivido cuando el señor Madero le puso el cascabel al gato! —M. G. R.

Yo tendré cuidado de poner a usted al tanto de lo que ocurra. El Newbern llegará dentro de dos días y tendremos acaso algunas noticias favorables.

Aquí se espera con ansiedad saber el resultado de la expedición filibustera que de Arizona salió sobre Sonora.

El presidente de los E. U. sigue grave, pero aún da esperanzas de vida.

Creo que van a tener lugar grandes acontecimientos por la canalización del Istmo de Panamá, y que no nos ha de faltar qué hacer.

Diciembre 4 de 1881.

He visto con interés su favorecida 28 del pasado, y convengo en que ante todo debemos asegurar la cooperación de los demás estados para no exponernos a otro chasco, y en ese sentido estoy trabajando, pero no he podido realizar mi deseo de ir al interior de la República porque los tigres de Tuxtepec están todavía furiosos en mi contra; no importa: al puerto hemos de llegar. La opinión pública se va uniformando, y pronto, según parece, habrá algunos que le pongan el cascabel al gato.

Dígame si sabe algo de don José Moreno, que me escribió hace dos meses salía para Sonora.

Como las diferencias entre México y Guatemala han tomado un carácter serio, estamos pendientes del resultado.

Noviembre 27 de 1882.

Acabo de tener el gusto de recibir su apreciable de 22 del presente, fechada en Charleston, y veo la razón por qué no habían llegado a mi poder sus letras; pero de esto tiene la culpa nuestro amigo Moreno, a quien encargué avisara a usted mi cambio de habitación.

Ayer llegó el vapor, y se confirma la noticia de haber muerto nuestro amigo don Salvador Villarino.

El retrato está en mi poder, y oportunamente le escribí acusando recibo.

Tendré el mayor placer de que nos veamos pronto, porque deseo vivamente conversar con usted.

El general Porfirio Díaz y el coronel Clodomiro Cota

Por Manuel G. Romero

“No tengas cuidado; te lo salvo: somos soldados viejos y no mentimos jamás”.

General Díaz (1899)

“Hay que tener fe en la Justicia”.

General Díaz (10 días después)

Ha llovido a cántaros, por cierto, desde que acontecieron los sucesos que ahora voy a recordar; hanse derrocado gobiernos en México; hanse sacrificado presidentes de la República: uno infamemente inmolado en aras de las sacrosantas libertades del pueblo; otro, ajusticiado por los fueros de la ley, consecuencia inevitable de sus funestos desvíos políticos. Murió ya, expatriado, el gran tirano, el incomparable dictador; cayó vulgarmente, víctima de la dipsomanía que padecía, el traidor entre traidores, como no ha nacido otro bajo el Sol. La Nación Mexicana parece caminar ya por nuevos senderos, tortuosos ciertamente, pero que presagian la no lejana conquista efectiva del bien, política y económicamente hablando.

Más de cuatro lustros Cronos ha envejecido, y, sin embargo, el trágico suceso sangriento que causó intensa impresión en el alma de la urbe metropolitana, siempre ávida de sensaciones intensas, se recuerda aún con perfección de detalles y se pronuncia con respeto, sonoramente épico, el nombre del capitán Clodomiro Cota.

Deseoso de tener una entrevista con el coronel Clodomiro Cota, padre del capitán, púseme a inquirir con toda diligencia por su domicilio, y hasta publiqué en “El Heraldo” una inquisitiva. En vano fue toda pesquisa, pues no pude localizar al viejo soldado; pero he ahí que, leyendo cierto día un diario local, mi vista pasó por la crónica de la inauguración del “Asilo del Honor” en Tacubaya; y entre los nombres de los heroicos veteranos asilados encontré el del coronel Cota.

No transcurrieron muchos minutos sin que el tren de San Ángel me llevara hacia la histórica ciudad de los mártires.

Es evidente que se me ocurriera presentarme en el “Asilo de Honor” en busca de informes sobre el coronel Cota; pero ¡oh, mala suerte de quienes andamos a caza de noticias! Una señora a quien yo denominé señorita, *me recibió* a quince metros de distancia, y a gritos me remitió con cajas destempladas con mi música a otra parte”. No importa —me dije, consolándome—, chicos de la prensa han existido que bañados fueron con agua cuyo olor no era, en verdad, de rosas.

Al fin triunfé: a la vera de una verja de bello jardincito jugaban alegremente unos niños; interrogué al mayor de ellos sobre si estaba en casa el Coronel, suplicándole me anunciara como procedente de la Baja California; el niño repitió, al parecer jubiloso, el nombre de la desventurada península, tierra

natal del Coronel, y desapareció, regresando en breve con la anuencia que ya esperaba: “que pase usted, señor”.

En una salita bien amueblada, aunque severamente, fui recibido. El Coronel estaba de pie, vestía traje oscuro cubierto además con largo paletó, y se apoyaba en un bastón. Pase usted paisano, me dijo afablemente, cual si me hubiese conocido largo tiempo atrás, y me tendió su mano vigorosa aún.

Hubo reminiscencias de la tierra lejana, de la que hace más de cuarenta años vive ausente el Coronel; y después de ilustrarme profusamente sobre los puntos que yo llevaba en consulta, abordé el tema que ha dado razón a estos apuntes.

Yo adivinaba que el viejo defensor de nuestra patria, que el anciano soldado de la República, se enardecería de ira al hablar del general Díaz y del fusilamiento de su hijo el capitán Clodomiro Cota, y así fue.

“¡Ah! —exclamó—, ¡fue siempre un malvado!” y su honorable barba canosa parecía temblar.

Dígame usted, don Clodomiro:

—¿No es una ficción de los periodistas de aquellos tiempos, la frase que se atribuye a don Porfirio: “hay que tener fe en la justicia”, dirigida a usted cuando le pedía la vida de su hijo Clodomiro?

—No. Todo es rigurosamente histórico; pero el viejo malvado me traicionó. No es preciso que repita a usted las causas e incidentes del proceso seguido a mi hijo en el estado de Sonora, con motivo de la muerte del mayor Trens. La prensa de esos tiempos habló con amplitud sobre el asunto; pero sí debo decir que mi hijo hizo bien en matar al mayor. Clodomiro fue traído de Sonora a esta capital, y desde luego no tuve la menor duda

de que sería pasado por las armas, procedimiento seguido por él, de Porfirio, en defensa de la disciplina militar.

—Agoté a favor de mi hijo todo recurso, y naturalmente acudí en solicitud del indulto presidencial. Porfirio habló mucho conmigo, y al retirarme me dijo: “no tengas cuidado, te lo salvo: somos soldados viejos y no mentimos jamás”.

El coronel Cota hizo una pausa, y más quedamente prosiguió, como si los recuerdos dolorosos del pasado se agolparan en su acalorada imaginación.

—Breves días transcurrieron, cuando observé que el coronel Escobar y Escofil no me dejaba solo, no se apartaba de mí, siempre insinuándome que debía de hablar de nuevo al presidente porque, sin duda, me engañaría. Yo en verdad tenía confianza en la promesa de Porfirio; sin embargo accedí a entrevistarlo nuevamente. ¡Qué hombre tan pérfido! Entonces fue cuando me lanzó su estudiada frase: “Hay que tener fe en la justicia”, negándome el indulto para mi hijo.

El viejo soldado descansó nuevamente de la tensión moral que sufría al narrar tales lejanos y dolorosos sucesos de su vida.

Y mis labios musitaban ¡oh, gran tirano, descansa para siempre en extranjera tierra! Nosotros, los que en tiempos de tu dictadura jamás nos doblegamos ante la fuerza brutal de tu fiera tizona, recordaremos siempre tus lágrimas de cocodrilo, y solo te rendirán parias, los mismos, los mismos, los mismos...

El Coronel Cota prosiguió:

—Mi hijo, pues, fue fusilado, muriendo como un valiente; y cuando ante mí se presentó un oficial, comisionado por la Secretaría de Guerra, para hacerme saber que podía recoger el cadáver, no pude menos que decirle, en medio de mi desesperación: “Ya se comieron la carne. Cómanse ahora los huesos.”

Pero el amor paternal me venció y comisioné a un compadre mío para que recogiera los despojos de mi hijo.

El veterano contuvo valientemente un suspiro. Yo adivinaba el amargo dolor de su alma.

—Más tarde —continuó—, en el año de 1910, fui llamado por Porfirio, y naturalmente acudí al Palacio Nacional. El malvado ya sentía bambolearse su silla con motivo de la valiente actitud de Madero. Me expresó que deseaba enviarme como Jefe Político del Distrito Sur de la Baja California, y que, con tal objeto, desde luego llamaría telegráficamente al que entonces funcionaba con tal carácter, coronel Agustín Sanjinés. Yo que tanto he deseado y deseo regresar a mi tierra acepté el ofrecimiento y, entonces, Porfirio agregó: “Bueno, pero ¿cómo nos vamos a entender?” Quería, sin duda, que yo le ofreciera ser incondicional ante la tempestad revolucionaria que ya empezaba a rugir. Viendo su descaro inaudito no pude menos que arrojarle al rostro: “Cumpliré con mi deber. Soy hombre que no ha mentido jamás.”

El coronel Cota calló, y considerando yo que mucho había hecho trabajar el cerebro de aquel heroico anciano (tiene ochenta años), desvié sobre otros temas nuestra conversación, y también oportunamente se oyó, tras de una cortina, la amable voz de una hija del Coronel que decía: “Papá, se enfría la sopa...”

Ya en la mesa, los comensales, la señora esposa del Coronel (contrajo matrimonio en segundas nupcias), dos de sus hijas y un nietezuelo, todos procuramos encauzar nuestra conversación por distintos senderos de la que habíamos sostenido en la sala.

Don Clodomiro hizo elogios con satisfacción del afamado vino de la Purísima, de las “asaderas” de la Purificación, y de las sabrosas aceitunas en Mulegé, mas no pude contener una

sonrisa cuando el Coronel pronunció el siguiente hiperbólico elogio: “No hay carne en el mundo como las reses de la Baja California.”

No cabe duda, pensé, es un buen californiano, tan provincialista como todos los que de aquella tierra somos. Y las amables hijas sonrieron también, mirando cariñosamente a su padre.

El coronel Cota está bien enterado de lo que va aconteciendo en la Baja California, pero quiso oír de mí, con toda atención, la más insignificante información. “¡Cuántos han desaparecido ya!”, exclamó, al detallarle yo la larga lista de los amigos muertos. Y cuando el anciano Coronel me expresó que piensa trasladarse muy en breve a La Paz para terminar sus días en el regazo amoroso de la tierra natal, la mayor de sus hijas le replicó sin espera: “Eso dices tú pero no te dejaremos ir.”

Y en esa imperativa frase encontré un acendrado amor filial.

La comida terminó y regresamos a la sala. Como el reloj marcaba ya las tres de la tarde, inicié la conversación sobre un punto que me quedaba ya en cartera.

—Don Clodomiro —dije—, corre la versión, que yo conceptúo de fábula, con respecto de la extradición de usted de los Estados Unidos de Norteamérica. Se asegura allá por el Pacífico —en Sonora, Sinaloa y Baja California, especialmente— que, encontrándose usted refugiado en San Francisco, California, el gobierno del general Díaz quiso extraditarlo, y que al efecto fue enviado a dicho puerto el vapor de guerra “México”, al mando de su comandante Cerizola; se asegura también —y por esto es precisamente que yo juzgo como una quijotada nuestra— que, negándose los Estados Unidos a entregarlo a usted,

nuestra diminuta unidad de guerra abocó sus cañones sobre el importante puerto de San Francisco.

El coronel Cota se sonrió y expuso con toda seriedad:

—Hubo algo sobre el particular, pero los hechos como se conocen están mixtificados. Una noche me encontraba en compañía de algunos amigos en el hotel “Gillow”, en San Francisco, California, cuando penetró al local un americano, quien dirigiéndose a mí me preguntó si sabía en donde vivía el general Manuel Márquez de León. Le contesté que no, pero quise saber con qué objeto le buscaba; el desconocido me informó que le llevaba una carta, a lo que yo repliqué que, ciertamente, no conocía el domicilio del General pero que con mucha frecuencia le veía y le pedí la carta. Claro está que no me la dio, saliendo del hotel. No transcurrió mucho tiempo cuando el sujeto regresó, dándose a conocer como jefe de la policía reservada y conminándome a que me diera preso. Salimos del hotel y el polizone me condujo al consulado mexicano, y de ahí fui remitido al vapor de guerra “México”, del que era comandante Ortiz Monasterio. Ya a bordo se me ofrecía la libertad con condición de que revelara el domicilio del general Márquez de León, lo que naturalmente no pudieron conseguir de mí. Así las cosas fui reclamado por la corte de San Francisco, negándose Ortiz Monasterio a entregarme; pero al fin transigió advirtiéndome que iría a la corte, bajo mi palabra de honor, de presentarme en compañía del cónsul mexicano. Así lo hizo, y después de algunos trámites relativos, aquel alto tribunal mencionado resolvió no entregarme. Y así pasó el tiempo hasta que a fines del año 1884, siendo ya presidente de México, el Mocho González, decidí regresar a la patria.

Tales fueron los principales asuntos que traté en mi entrevista con el coronel Clodomiro Cota, quien operó como segundo general en jefe de las Fuerzas Reformadoras de la Nación, en el movimiento revolucionario que acaudilló a fines del año 1879 el general Márquez de León, y que fue el primer grito de rebeldía en contra del dictatorial gobierno de don Porfirio.

El reloj marcaba ya más de las cinco de la tarde. Anuncié mi retirada y, al despedirme, el anciano Coronel me dijo: “No olvide usted decir que durante el oprobioso y prolongado gobierno de Porfirio, estuve siempre como preso; que fui Jefe de las Armas en el estado de Yucatán, nombrado por el efímero y legal gobierno del señor Madero; y que ahora, ya en mis postreros años estoy altamente agradecido del actual presidente de la República general Obregón.”

Una menuda lluvia pertinaz empezaba a caer, y velozmente me dirigí a la estación de “Los Cojitos”, para tomar el tren que me condujo a México.

México, D. F., 27 de septiembre de 1921.

ADVERTENCIA ALLECTOR: a la única fotocopia disponible del libro le faltan las páginas 94 y 95, que corresponden a dos episodios en la vida del general Márquez de León. En virtud de que el segundo de éstos se halla íntegro en la siguiente página 96, se transcribe a continuación (N.E.):

Allá por el año de 1885 se verificaba en la plaza de toros de Mazatlán, sita entonces en terrenos que ahora ocupa el mercado “Romero Rubio”, una rumbosa corrida. Se esperaba en esos días el arribo al puerto del vapor “Sardónix” conduciendo gran cantidad de chinos, pues el gobierno había determinado colonizar el estado de Sinaloa con *tan magnífico* contingente asiático.

Un marinero asistente a la corrida mencionada, y que en el año de 1917 trabajaba aún honradamente en el muelle de Mazatlán (ignoro si vive) avistó un vapor en el horizonte marino. Todo fue uno, como vulgarmente se dice; el marinero grita: “¡Muchachos, allá vienen los chinos! ¡Al muelle, a matar chinos!”

Y aquel mar humano, embravecido se abalanzó rumbo a la playa.

Dio fondo el vapor avistado y resultó ser el “Romero Rubio”, y a bordo venía el general Márquez de León. Al saber esto el pueblo, la manifestación hostil hacia los chinos se convirtió en jubilosa por la llegada del viejo amigo de los sinaloenses.

Cuando desembarcó el General, lo hizo acompañado de un militar de mirada adusta.

Los vítores atronaban el espacio y algunos ciudadanos abrazaban al viajero. Tuvo éste que hablar y manifestó que venía preso. Aquello fue el disloque, pues el pueblo empezó a gritar: “¡No, no! ¡El general Márquez de León no debe ir preso! ¡A su casa, a su casa!”, y no hubo remedio: el General fue llevado a su domicilio en medio del pueblo que lo aclamaba sin cesar.

Los dos episodios que anteceden demuestran claramente como era querido en el estado de Sinaloa el bravo soldado californiano.

Y se me ocurre aquí estampar la conocida frase que dice: “Nadie en su tierra es profeta.”

Alcance al número 10 de *La Tarántula*

El gobernador Francisco Cañedo absuelto antes de ser juzgado

Como una curiosidad y para mayor abundamiento de datos sobre el asesinato del periodista Valadés, reproducimos aquí el presente “alcance”, no dejando de admirar la valentía de los compañeros del infortunado escritor. Este documento me fue proporcionado por el distinguido sinaloense José Ferrel.

Tenemos a la vista un papel titulado “Manifiesto del gobernador de Sinaloa”, y el cual no es otra cosa que un tejido de falsedades inventadas por el mismo autor del papel que publicó el asesino del infortunado Valadés.

En ese nauseabundo documento se revela toda la impunidad del criminal garantizada desde ahora por sus obligados cómplices que forman una parte del Congreso del Estado.

El señor Cañedo comienza por decir que va a hacer uso de la franqueza que lo caracteriza; la franqueza del criminal o sean las lágrimas del cocodrilo a la vista de su presa; porque el Leviatán llora, el tigre llora y la pantera prorrumpe en sonidos lastimosos en los momentos mismos en que beben la sangre de sus víctimas.

Miente el gobernador Cañedo cuando asegura que la ley de hacienda que varió el sistema rentístico de Sinaloa, lo cual, sea dicho de paso, es obra de la cábala y de la más negra perfidia, pues diputado conocemos a quien no se le permitió leerla antes de votarla. Y repetimos que miente porque no es aquí entre los pacíficos y sufridos habitantes de Mazatlán en donde se ha reclamado la exorbitancia de los impuestos: cartas tenemos y comprobantes de varios géneros que acreditan que en varios de los distritos del estado, la “dichosísima” ley ha encontrado y encuentra la misma y acaso mayor resistencia pasiva que aquí se opone.

Cañedo miente, miente sin pudor cuando dice que algunos comerciantes acordaron resistir el cumplimiento de la ley; y su impudencia sube de punto cuando asegura que comenzó a dictar órdenes de ejecución contra los causantes. La única orden de ejecución que dictó fue la de que villana y alevosamente se asesinara al señor Valadés.

Nadie aquí se ocupaba de oponer el cumplimiento de la ley de hacienda, calificada como de saqueo, otros recursos que los de amparo y demás conocidos en las leyes; pero Cañedo creyó que con el asesinato del Sr. Valadés lograba dos objetos: infundir el terror a los causantes para que pagaran, y librarse de un hombre superior a él en valor y en instrucción, y el cual podía a cada paso echarle en cara las lágrimas y asquerosa escena que le pasó cuando la penosa expedición de Imala.

Habla cañedo de rótulos fijados en las paredes de la ciudad por los que se denunciaba como autor del asesinato del Sr. Valadés a uno de sus ayudantes. Con y sin esos rótulos que

aún están visibles, no hay un solo habitante de este puerto a quien en el acto de comunicársele el asesinato no contestara: Ésa es obra del infame Cañedo. El pueblo no se equivoca; el sentimiento público y espontáneo, no sólo del de aquí sino del de Culiacán y en el de todas partes donde se ha sabido la noticia, es y será que Cañedo es el mandante asesino del señor Valadés.

Miente Cañedo con la audacia propia de los hombres avezados en el crimen, al decir que se pronunciaron discursos o alocuciones al depositar en la tumba los restos del señor Valadés [...], millares de personas son testigos de que nada de eso hubo, y que sólo se escuchó el grito unánime de todo un pueblo que al despedirse de aquellos restos mortales, y como un acto espontáneo producido por la conciencia, gritó ¡Muera el asesino Cañedo!

De vuelta del panteón, y al pasar la comitiva por la casa el coronel Carricarte, en donde se encontraba alojado Cañedo, sin provocación de hecho por parte del pueblo, el asesino de Valadés y sus guardianes dispararon sobre la multitud, haciendo víctimas inocentes.

Estas víctimas, la sangre de los hijos del pueblo derramada por miserables asesinos, excitó la cólera y se reunieron grandes grupos pidiendo a voces y sin armas el castigo de los asesinos.

Entonces el titulado coronel Carricarte, con un grupo de artilleros que hizo venir violentamente del cuartel, hizo nuevos disparos sobre el pueblo indefenso, resultando nuevas víctimas cuyos nombres se han publicado, y a no ser por la popularidad del general Márquez de León, el pueblo habría tomado la satisfacción que le correspondía en justicia.

Márquez de León y sus amigos calmaron la tempestad y así pudieron salvarse los que emplearon las armas de los soldados federales para asesinar al pueblo.

Vuelve a mentir Cañedo cuando dice que los intereses del mismo comercio peligraban, pues no hubo ni un solo acto de desorden, como lo testifica toda la población: el comercio, los establecimientos todos y la gente de posibles [*sic*] no sufrió el más pequeñísimo acto de agresión; al extremo de que los extranjeros contemplaban asombrados la moralidad de este pueblo que en medio de la exacerbación sólo se contentaban con gritar ¡muera el asesino Cañedo!

Dice el señor Cañedo que sacrificando su dignidad suplicó al general Loaeza que asumiera el mando político. La súplica es una verdad y le fue sugerida por el miedo que abrigaba cuando el pueblo pretendía solamente hacer justicia en él, como mandante asesino del Sr. Valadés.

Cañedo está juzgado: el réprobo, cual otro Caín, lleva su frente marcada con la sangre de Valadés, sangre que pide justicia, sangre cuyo sabor tiene que gustar a todas horas él solo como mandante, como director y verdadero autor del más horroroso asesinato que se registra en la historia del crimen.

El verdugo pide justicia contra su víctima en la comunicación que dirige al Congreso del Estado y por lo cual solicita licencia ilimitada: esto se llama lanzar a todo un pueblo ofendido el anatema de la venganza. ¿Conque el asesino espera el castigo de los que sólo han pedido justicia? ¡Maldición eterna recaiga sobre Sinaloa si vuelve a consentir que un criminal rija sus destinos!

Nosotros creemos que la mayoría de la legislatura lo absolverá porque ya lo revela así en su dictamen que publica el mismo Cañedo.

Para tal gobernador, tal legislatura; pero el pueblo no duerme y sabrá hacerse justicia si no la obtiene por medios legales.

Responsable: F. Pérez

Conclusión: hay que tener fe en la justicia

Por Manuel G. Romero

Al conocido hispano don Telésforo García, presidente de la Sociedad de Geografía y Estadística, allá por el año 1917, oíle usar, en solemne sesión a la cual tuve el honor de ser invitado, el vulgar proloquio que dice: “¿a quién le dan pan que arranque?” En los labios del venerable hombre, su dicho me sonó sonoramente, cual si hubiese sido frase artísticamente cincelada por un artífice de la palabra.

Y debo confesar que, al estampar en capítulo anterior, “nadie en su tierra es profeta”, y en éste lo que arriba se habrá leído, y que se hiciera célebre por haber brotado de los labios del Gran Dictador, confesar debo, repito, que a mi modesta mesa de trabajo llegó por un momento la bondadosa imagen de don Telésforo, y vi que me sonreía amablemente. La visión fue fugaz.

Ardua, asaz dilatada ha sido, y tanto más difícil cuanto mis aptitudes son bien escasas, la labor emprendida por mí al compilar en este librito sucesos rigurosamente históricos desconocidos hasta ahora por el pueblo mexicano, porque nadie, que yo sepa, húbose ocupado de escribirlos en los pasados tiempos.

Por mis manos y por mis ojos han pasado no pocos libros de historia patria, y sus autores siempre enmudecieron, serviles, con un servilismo asiático, en asuntos históricos de la índole como los que en este librito se detallan, rindiendo, parias, al enmudecer, al viejo zorro y criminal que en histórica ocasión reclamara: “hay que tener fe en la justicia”.

Con las noticias que aquí he logrado reunir, la generación que se ha formado en la Baja California desde el año 1879 a los que van corriendo, podrá formarse una idea de lo que fue el general Márquez de León, como soldado y como ciudadano y, sobre todo, de los valiosos servicios que prestó a la República, siempre defendida por el limpio y bien templado acero de su espada vengadora.

Los apuntes que este folleto contiene se relacionan, como podrá verlo el lector, con la historia de la Baja California, y con la de los estados de Sonora y Sinaloa.

Al dar cima a mi trabajo me siento gratamente satisfecho, porque creo que he cumplido con un deber, como ciudadano y como hijo del suelo californiano, tierra adorada, para la que deseo mejor suerte que la que hasta los actuales tiempos le ha corrido.

Pero a este respecto “hay que tener fe en la justicia”. Parece que ha llegado la hora en que se operará en la Baja California una verdadera evolución política y económica; parece que el gobierno general de la República emprenderá, en breve, importantes mejoras materiales en aquella región, convirtiendo el humilde poblado de la bahía de Magdalena en importante puerto, con su debida dotación de agua, unido por grandes caminos carreteros con los poblados de importancia, y en donde se abrirá una escuela naval, se instalarán las estaciones

inalámbricas necesarias en toda la península, y más tarde se realizará el sueño dorado de los californianos, dando principio a la construcción del ferrocarril de Mexicali al puerto de San Felipe, en el golfo de California, quedando así controlada aquella región, política y comercialmente. Un hombre honrado y de acción será el comisionado, según se dice, para llevar a cabo estas obras: el general Ángel Flores.

Por otra parte son gobernadores, en los actuales días, de los distritos Sur y Norte de la península los señores Agustín Arriola Jr. y Epigmenio Ibarra Jr., respectivamente, hombres honrados y de ideas nuevas, que vieron la luz en el territorio, y puede asegurarse lo mismo con respecto a los presidentes municipales.

A propósito: a mi conocimiento ha llegado el noble, consolador y patriótico acuerdo llevado a cabo por el ciudadano gobernador del Distrito Sur, señor Agustín Arriola Jr., enviando a esta capital, pensionados por su gobierno, a doce estudiantes pobres para que continúen sus estudios superiores y profesionales. Ojalá que ellos sepan corresponder a los esfuerzos del gobierno y lleguen a dar lustre y prez a la tierra que los vio nacer —rica tierra, magüer su desolación—, de la que dijo el poeta, que “cual descarnado brazo separa dos mares, como si pidiese misericordia y perdón...”

En manos pues, de nativos de la Baja California, los destinos de ella; el momento ha llegado de justipreciar debidamente la meritoria vida del general Márquez de León. Abrigo la esperanza de que mis palabras no se las llevará el viento fugaz, ni que durarán lo que duran las flores de una mañana. Ha muchos años que vengo luchando por este ideal, y si la indiferencia más censurable contestó siempre a mis iniciativas, ello no me

ha causado desaliento ni ha amenguado mis desinteresados entusiasmos.

Apelo esta vez al civismo de las autoridades, al fogoso entusiasmo de la juventud masculina, al “hosco” patriotismo de los “veteranos”, y al amor —¡sí, al amor!— de la soñadora y virtuosa mujer californiana, a fin de que se den los pasos conducentes a la realización de la iniciativa bosquejada en el introito de este folleto.

Y si ello se realiza, ¡cuán honda y grata satisfacción sentirá quien estas líneas va escribiendo!; y, en sus horas de soledad y de meditaciones dolorosas, cuando en sus remembranzas sueñe vagar solo y entristecido por las riberas de la bahía de La Paz, al caer la tarde, ante la magnificencia de aquellos crepúsculos incomparables, exclamará: “¡hay que tener fe en la justicia!” Y tal vez una lágrima furtiva —¡solamente una lágrima!— rueda de sus ojos, enlutecidos por la pena de vivir, y continuará la ruta de su existencia pesarosa tremolando muy alto el pendón de sus ideales viejos, porque no le arredra el dolor, ni le causa desaliento el horror de sus desastres.

México, D.F., octubre 30 de 1921.

Visión metropolitana
“¡Así es la vida!”

Por Manuel G. Romero

Atardece.

Sobre la gran ciudad homicida cae menuda lluvia pertinaz. Siento un frío intenso, que hace más cruel un vientecillo sutil que llega del norte.

Desde la ventana de mi destartelado cuarto del hotel “Sevilla” contemplo el paisaje brumoso; pienso en Irlanda...

Contados transeúntes van por las calles, el asfalto se mira negro y relumbroso, y tal parece que los autos más fácilmente se deslizan sobre él.

Un estanquillero ambulante que en la esquina pregonaba con diversos tonos de voz sus mercancías vistosamente presentadas, ha levantado sus reales. A lo lejos se mira majestuosa la columna de la Independencia. La contemplo y pienso. Háseme dicho que en su base (Rotonda de Hombres Ilustres) tenía ya señalado su sitio el Gran Dictador, y éste vivía aún. ¡Oh, vanidad de vanidades!

Pero al Gran Regulador del Universo le plugo que el tirano, el hombre responsable de los grandes males que han afligido y afligen aún a la patria, cayera en tierra extranjera cual árbol viejo desplomado.

La lluvia persiste, la tarde es más gris, casi oscura. En el templo cercano de “San Juan” las campanas tañen el melancólico *Ángelus*.

Cuán honda tristeza siento que va adueñándose de mi ser; es que soy frívolo y sensitivo, soñador a veces e incrédulo siempre, y las campanas del templo me han hecho no sé qué misteriosas revelaciones sobre mi ya cercano “no ser”. Su voz misteriosa me dice verdades que no quiero oír, que en vano rechaza mi cerebro —el incrédulo— y recibe mi corazón —el sensitivo.

Por la 5a. calle “Balderas” desemboca un tren mortuario, y en el primer carro, en el centro, descubro un sombrío ataúd negro; no hay flores... El cortejo fúnebre va en otro carro. Siento que mi cuerpo se estremece ligeramente, que mi corazón late con angustia.

En ese momento, y cual si las circunstancias se pusieran de acuerdo para llenarme más de pesadumbre, una niña histérica, blanca como la cera de los cirios, que habita en vivienda de los “altos” contiguos, empieza a pasar sus marfilinas manos sobre las teclas de marfil del piano, y lentas, quejumbrosas las notas del vals se desgranar en el silencio de la tarde gris: “Así es la vida”.

Escucho y pienso en el hogar lejano, en los amigos ausentes, en el inspirado autor del vals, en el negro ataúd anónimo; y cuando la histérica niña tornó a desgranar las notas del me-

lancólico “Trío”, no pude más, cerré bruscamente la ventana de mi destartado cuarto, y exclamé “Así es la vida”.

Las últimas notas del vals se perdían, agonizaban...

México, D.F., diciembre 30 de 1921.

Índice general

Prólogo	5
Los últimos serán los primeros	9
El general Manuel Márquez de León a los habitantes de la Baja California	15
Carta del general Manuel Márquez de León al presidente Porfirio Díaz	17
De La Paz al Río Colorado. Camino por tierra y peripecias de tres oficiales en los Estados Unidos	21
Suplemento al capítulo anterior. Apuntes de don Ramón D. Manríquez	59
Palabras de justicia	69
Algunas cartas del general Manuel Márquez de León dirigidas de San Francisco, California, al capitán Tadeo Iruretagoyena, en Tucson, Arizona	79

El general Porfirio Díaz y el coronel Clodomiro Cota	85
Alcance al número 10 de <i>La Tarántula</i> . El gobernador Francisco Cañedo absuelto antes de ser juzgado	95
Conclusión: hay que tener fe en la justicia	101
Visión metropolitana. “¡Así es la vida!”	105

Grito de rebeldía.
Apuntes históricos sobre la revolución acaudillada
por el Gral. Manuel Márquez de León,
el año de 1879, en la Baja California

Se terminó de imprimir el 17 de noviembre de 2014
en Formas e Imágenes, S.A. de C.V. Av. Universidad 1953
Edif. 2, Loc. E, Col. Copilco el Bajío, Coyoacán, México, D.F.
Teléfonos 5550-1784 5616-7117 formaseimagenes@gmail.com
La impresión de interiores se realizó en papel Cremo de 90 gr.
Impresión de forros en cartulina Couché de 300 gr.
Su tiraje consta de 500 ejemplares.